

# REVISTA EUROPEA.

Núm. 11

10 DE MAYO DE 1874.

AÑO 1.

## LA HISTORIA DE LAS RELIGIONES.

(Conclusion.) \*

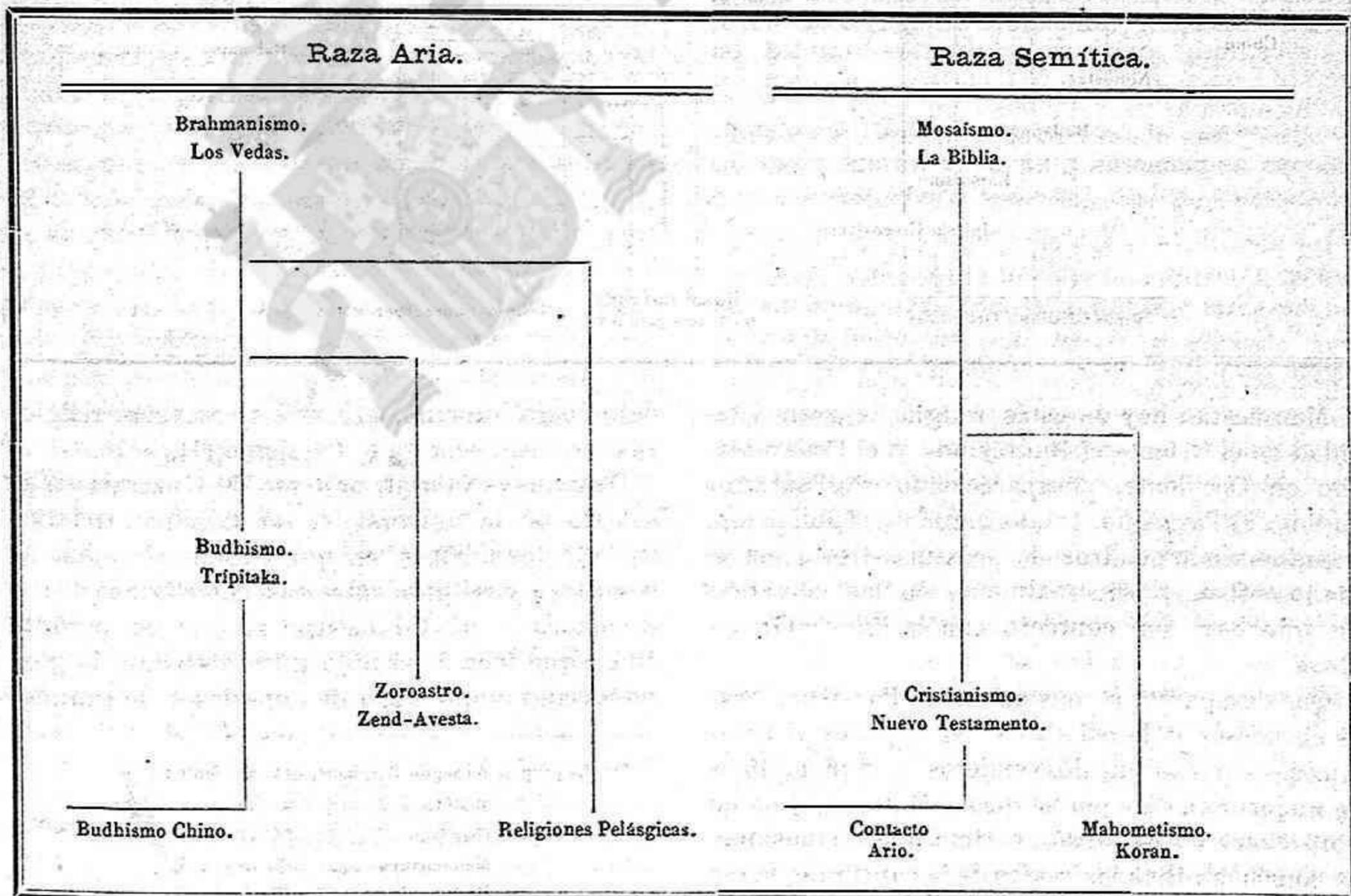
### IV.

Sin embargo, mi querido poeta, no puedo resistir á la tentacion, no de proclamar las leyes de la filosofia de la historia religiosa, sino de trazar el cuadro de las tendencias que siguen y muestran las teologias de las diversas religiones, que al presente influyen en la historia humana, segun los estudios y las averiguaciones contemporáneas. Con todas las salvedades y las protestas que exige una mera tentativa, borron ó bosquejo de tarea tan espinosa, y repitiendo una y mil veces queda sujeto á enmienda y rectificacion, segun lo pidan los adelantos y progreso de los estudios modernos, lo acometo aceptando como criterio la verdad innegable del hecho eterno de la religion y lo no ménos cierto de que la razon natural ó asistida, ya diciendo, en el trascurso de la vida é his-

toria humana, algo de lo que constituye lo real de todas las realidades conocidas por el hombre.

Con indulgente, simpática y respetuosa tolerancia hácia todo lo que es religioso, y para todos los pueblos y doctrinas que se han afanado por conocer á Dios rindiéndole en obras y palabras adoracion y amor, debe entrar la ciencia moderna en estos juicios y apreciaciones, porque si no lo consiguieron, y nosotros hemos alcanzado más por haber llegado en mejores dias y á mejor sazón, no es este motivo para injurias y vituperios.— Por otra parte, recuerde V. que S. Pablo decía á los de Tesalónica: «Examinadlo todo y retened lo mejor», y si aquí lo mejor en cuanto al contenido, es sin género alguno de duda la esencia del cristianismo, en la sucesion de los dogmas y en las tendencias de las reformas y renovaciones religiosas, se encuentra leccion que á todos aprovecha.

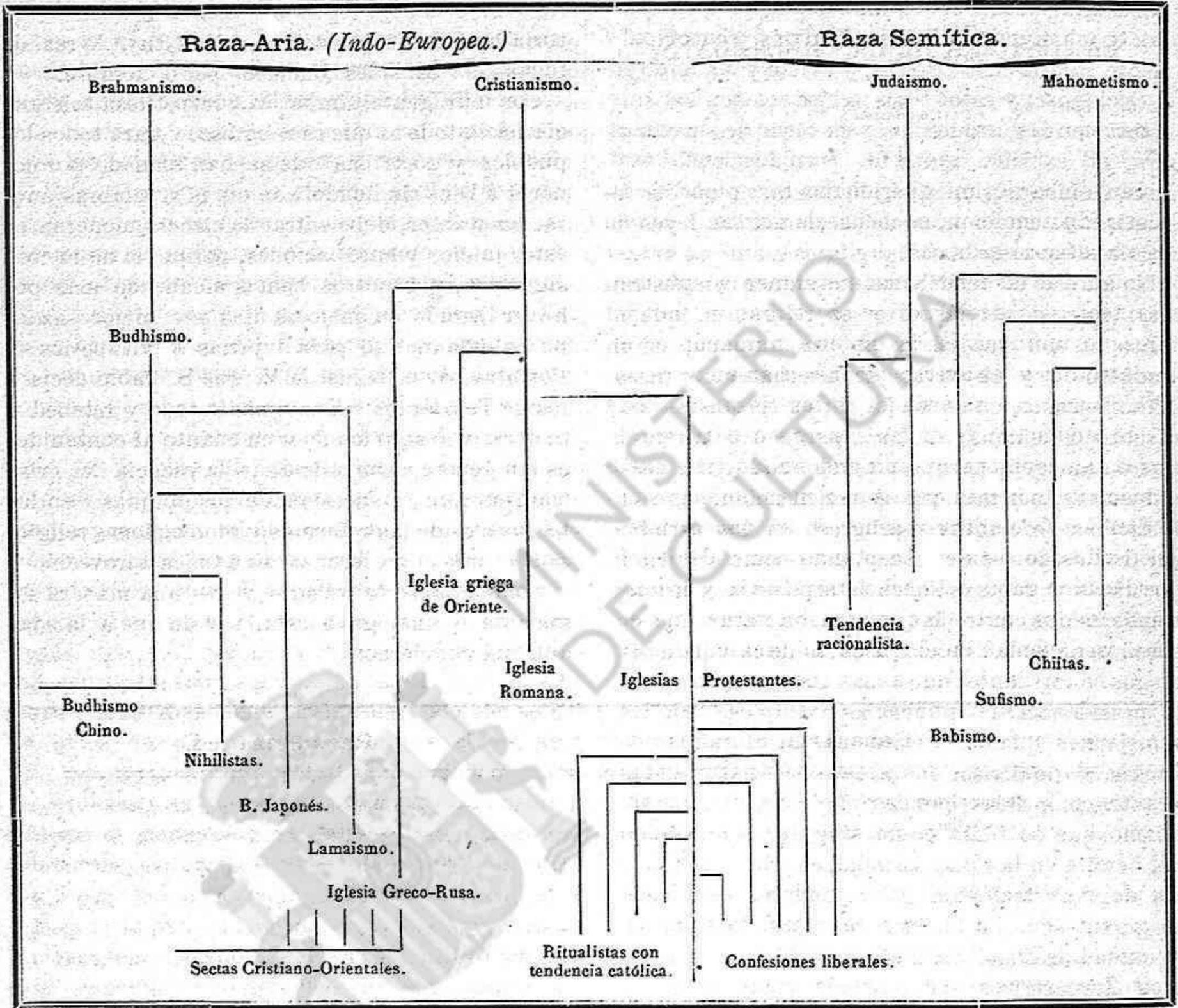
Como cuadro lo trazaría yo de una manera semejante ó análoga á ésta, por lo que á la edad antigua concierne:



\* Véase el número anterior.

Al comenzar la nueva Era de los miembros representados, los más activos de las religiones antiguas permanecen y se arraigan, el Budhismo y el Cristianismo, desapareciendo sólo el politeísmo, pero surgiendo el Mahometismo, y el problema

queda en estos términos, por el hecho extraordinario de haber perdido el Cristianismo el sello Semítico, moviéndose en la amplitud de una concepcion católica.



Manifiestan hoy de estas religiones gran vitalidad en el Oriente el Budhismo, y el Cristianismo en Occidente, desapareciendo con extrema rapidez el Parsismo, trasformándose el Judaismo, y presentando cuadros de próxima disolucion el Mahometismo, principalmente en las comarcas en que está en contacto con la iglesia Greco-Rusa.

Que desaparece á más andar el Parsismo, que es el sucesor y heredero de los dogmas Zoroástricos, es punto que los viajeros y diplomáticos de mejor nota dan por seguro.—Gobineau, en su libro *Tres años en Persia*, estima que no pasaban de 80.000 familias los restos de las antiguas razas que adoraron la revelacion del Zend-Avesta, y Berghaus, al fijar en su atlas fisico la division

del género humano, segun las creencias religiosas, no menciona ya el Parsismo (1).

Dadabhay-Naoroji, profesor de Guzerati en el colegio de la universidad de Lóndres, publicó en 1861 dos folletos, en que expone el estado de la cultura y religion entre sus correligionarios, y el cuadro es de tal naturaleza que no permite dudar que toca á termino miserabilísimo la gloriosa religion que llenó de imperios y de grande-

(1) La proporcion segun Berghaus, es la siguiente :

Budhistas.....	31-2
Cristianos.....	30-7
Mahometanos.....	15-7
Brahmánicos.....	15-4
Paganos.....	8-7
Judios.....	0-3

zas al Asia menor, y amenazó la cultura y la vida europea.

¡También mueren las religiones, y con buena y mala muerte, y la próxima desaparición del Parsismo, así como la del Politeísmo greco-romano, son fenómenos muy dignos de estudio y meditación!

Resulta, hecha esta eliminación, que hoy quedan en el mundo religioso Brahma, y principalmente Budha en el Oriente, y Cristo y Mahoma en el Occidente; y estos tipos religiosos son los que mantienen las ortodoxias, y en torno de las cuales gira el espíritu humano, permaneciendo aún fuera de las religiones razonadas una parte de la humanidad en lo desconocido de África y de los archipiélagos oceánicos.

No quiero discutir si las religiones se pueden clasificar en subjetivas y objetivas, y por lo tanto si son subjetivas el Brahmanismo y el Budhismo, y objetivas el Cristianismo y el Mahometismo, como su fuente el Mosaismo. No discuto este tema, ni las consiguientes teorías á que da margen, porque no creo en las religiones subjetivas, por más que se enojen los teólogos de la escuela de Schleiermacher, y los panegiristas del Budhismo.—Lo cierto es, prescindiendo de las doctrinas y dogmas sobre la revelación y los reveladores que, entre las cuatro teologías que se enseñorean de la conciencia de la humanidad, hay rasgos concordantes que á más andar buscan, bajo la presidencia de influencias naturales, más las semejanzas que las diferencias. La pluralidad de Dioses, el dualismo, las creaciones naturalistas y antropomórficas han desaparecido, y el monoteísmo que se tenía como singular y exclusivo del Semita en la Edad Antigua, es propio de todos los dogmas teológicos en la moderna.—El paso es gigantesco. La historia religiosa toca ya en la unidad de Dios. La multiplicidad y los dualismos Zoroástricos han quedado como memoria y no son ya vivideros en el campo teológico.—La concepción de la unidad de Dios abre el campo á la teología, que escruta y medita sobre sus atributos; y los afanes de la razón versarán ya únicamente sobre la naturaleza y relaciones de los atributos ontológicos, porque los morales vienen declarados en la concepción de la unidad de Dios.

Los Brahmanes y su Rig-Veda, ó sea el Veda por excelencia en el siglo VI ántes de Cristo, había sido analizado, comentado é ilustrado en las escuelas, contando sus palabras, sus sílabas y sus letras, y por los años 629-645 despues de Cristo, el peregrino budhista Hiuen-Thsang citaba ya todos los vedas, ó sea el copioso caudal de ritos, comentarios y amplificaciones que había originado el Rig-Veda. No ménos de diez siglos

imperó Brahma en las regiones del Ganges y del Indo, y la organización social y pública auguraba aún glorias y triunfos á los Brahmanes, cuando las predicaciones de Budha despertaron la vida y la meditación en los pueblos arias. En constante disensión con el Budhismo (desde el siglo V ántes de Jesucristo), persiguiéndolo y condenándole unas veces, transigiendo otras y buscando conciertos las más, no ha podido sustraerse á la influencia de la nueva religión, y las enseñanzas brahmánicas se han apartado por medio de sutiles y profundos comentarios del sentido naturalista propio de las primeras edades. La verdadera historia humana no estriba ni consiste en la creación ó destrucción de imperios, sino en la sucesión de esas visiones de lo sobrenatural que consiguen las diversas familias de la raza humana, y gracias á las que avanzan en el conocimiento cada vez más cierto y profundo de Dios.—Los Vedas no conocen el culto idolátrico. El culto de los ídolos es de formación secundaria, es una corrupción ulterior del culto á deidades incorpóreas; y si es aventurada la opinión que entiende como monoteísta en su origen la religión védica, según Muller, no lo es el calificarla hoy de monoteísta estudiando á sus sacerdotes y maestros, etc.—Castigos y bienaventuranzas, inmortalidad, limosna y amor á Dios, son enseñanzas que á cada paso se encuentran en los libros védicos, y la moral encuentra base y sanción en la voluntad divina.—Yo no sé si al pasar por las vicisitudes que recuerda la numerosa literatura brahmánica, se descubre el panteísmo naturalista, el politeísmo, y por último, un panteísmo espiritualista que, tornando á la idea de la unidad, abre de nuevo paso á un monoteísmo sincero y profundo; pero es lo cierto que los Brahmanes rechazan hoy con indignación las acusaciones de politeísmo, y afirman con energía la unidad del concepto divino, acercándose rápidamente á las definiciones cristianas.

Confieso, mi querido poeta, que el Budhismo es una religión que me preocupa hace tiempo por razón de su metafísica, no así por su moral purísima y ascética, que puede figurar sin desdoro entre las más nobles concepciones humanas.—Desde la publicación del libro de M. Barthelemy Saint-Hilaire, hasta las del eminente sinólogo Julien sobre los peregrinos budhistas y los juicios de Neander y Creuzer Boehinger, Foucaut y Gilliot, titubeo y no me doy cuenta del origen, y sobre todo de los progresos de la religión que cuenta ya XXV siglos de existencia, y más adeptos que todas las confesiones cristianas sumadas. No me sorprende el Brahmanismo, ni la mitología en sus múltiples apariciones, ni Mahoma,

ni la tenacidad judaica; pero el Budhismo es para mí un logogrifo, visto al través de las exposiciones novísimas.

¡Una religion sin Dios! Una religion que presenta como salud el anihilamiento absoluto, es cosa que mi flaca razon no alcanza; y de aquí que siguiera confiadamente á los que afirman que el ateismo búdhico y la interpretacion de la *Nirvana* budhista era un error de los Indianistas.—Pero últimamente han discutido Barham y Max-Muller, y la autoridad de este último me sume en nuevas perplejidades. Barham se apoya en las conocidas autoridades de Creuzer, Neander y Huc; pero Muller replica declinando la autoridad de Neander y Creuzer, que no eran orientalistas, y recuerda que en 1835 Hogdson remitió á Londres por vez primera los libros que contenían la doctrina canónica del Budhismo, y en 1844, conociendo estas fuentes, el inmortal Eugenio Burnouf publicó su *Introduccion al estudio del Budhismo indio*, seguido en 1852 de *El Lothus de la buena Ley*, y tras él Foucaut, Barthelemy-Saint-Hilaire, Hardy, Turnour y Wilson, únicas autoridades en la materia...

Nirvana, en sanscrito, no es absorcion ni fusion, ni confusion; significa la extincion como «la bujía que consumida se acaba,» segun frases budhistas, no la difusion de la gota de agua en el Océano, segun la frase brahmánica.

En el primer concilio que siguió á la muerte de Budha, se fijó el cánon religioso con el nombre de Tripitaka (el triple cestillo), y contenían, el primer cestillo los *Sutras* ó la predicacion de Budha, redactado por Ananda; el segundo consistía en el Vinaya ó Código moral, y el tercero en el Abhirdhama, escrito por Kasyapa, y que resumía su metafísica. En este último libro, el Nirvana no tiene otro sentido que el anihitamento, lo que se confirma con los dicterios de nashcas (gentes de la nada), y singavadins (gentes del vacío universal) con que de continuo la saludan los Brahmanes.

Todos los libros que extensamente se citan por Burnouf, comprobados por Muller, corroboran el juicio de que para Budha no tenían realidad, ni el objeto, ni el sujeto de la vida.

Pero cuantos más textos acumula la erudicion indiana, más crece mi confusion y mi repugnancia á aceptar el hecho de una religion sin Dios y sin vida futura.—¿Qué representa en la historia universal esa predicacion? ¿Qué raíz tiene en la naturaleza una negacion hipocondriaca y pesimista? Una vida sin objeto y sin finalidad que conduzca á la soberbia heroica del estóico, repitiendo que el bien es la virtud, y la virtud el bien sumo, se me alcanza en filosofía, despues del movimien-

to Plato-Aristotélico; pero una religion desesperadamente pesimista en el seno de la Edad Oriental, rodeada de las rientes concepciones del naturalismo, es verdaderamente una charada.

Yo bien sé que honradamente y sin torpes propósitos se ensalza hoy al budhismo, religion sin Dios y sin ley de finalidad, segun las indianistas. Desconfiando del idealismo y de los misticismos históricos, quieren muchos precaver al espíritu de las ilusiones del entendimiento, y apetecen que se ahonde y trabaje con ahinco creciente en la razon, para encontrar fundamento real y vivo á lo divino, y señalan al budhismo como ejemplo de que no hay necesidad de apresurar el instante de las conclusiones, porque la vida y las sociedades pueden correr y existir sin Dios y sin sancion moral. Pero aún aceptando la advertencia que es prudente, no creo yo que para legitimarla sea preciso crear un mito impío, como lo sería la religion atea de Budha.

Mi primer cuidado para explicarme el caso fué recoger notas y datos sobre el estado de la cultura india en los días de Çakiamuni; y aún cuando las escuelas filosóficas habían florecido; aún cuando pudiera haber en las enseñanzas de Kapila y de las escuelas Sankhyas tendencias notorias á un escepticismo idealista que apenas permitiera la afirmacion de la realidad del sujeto que piensa; aún cuando la tiranía Brahmánica fuese ruda y orgullosa, y cruel; aún cuando las guerras llovieran continuamente sus innumerables plagas en las penínsulas indias, nada de esto me daba luz sobre la necesidad lógica ó histórica á que obedecía el pesimismo Budhista.

Fuí, y me mantengo en otras vías, para explicarme el hecho. No es racional una religion sin Dios y sin vida futura que complete la terrena.—Budha no escribió.—El Tripitaka no se fijó en el primer concilio; es casi seguro que se fijó en el tercero de los Budhistas. El Maestro nunca negó la divinidad; por testimonio conforme de todos los indianistas y su accion se limitó á la enseñanza de una moral práctica, pura, sencilla, y que rompiendo las preocupaciones de raza y casta de los brahmanes, prosperó (como palabra de consuelo y de rehabilitacion, entre los desventurados y los párias). La dignidad humana fué lo acariciado por Budha, y la condicion social y política nacida de la teocracia Brahmánica no pudo resistir al empuje de su humana y generosa predicacion. El triunfo de Budha es el triunfo de un reformador social y político que pudo tenerse por religioso, dado el estrecho vínculo que en las sociedades asiáticas existe entre lo uno y lo otro. Los Sutras de Budha, ó sea el resumen de sus enseñanzas, no contienen nocion alguna

teológica ni metafísica.—Es una enseñanza, repito, de moral práctica; un conjunto de leyes y preceptos para la vida individual.

Esta misma tendencia se conservó en la China entre las razas tártaras, en el Japon, y donde quiera que los peregrinos budhistas llevaron la planta de la misma ley.

La creación teológica no es de Budha, es de sus discípulos, y principalmente de los que se congregaron en el tercero de los concilios de la secta. Filósofos y filósofos de las escuelas Shankyas crearon una teología que correspondía á sus doctrinas metafísicas. No ha sido, no será nunca fácil y llano encontrar la unanimidad que exige la materia dogmática cuando se intenta una construcción de esta índole desde la esfera filosófica.

Desde los primeros momentos surgieron cismas según Max-Müller, y cismas con ocasión de esta famosa teoría de la Nirvana.

Los Svabhavitas creen que nada existe como no sea la naturaleza, ó mejor dicho, la sustancia que existe por sí misma, sin creador ni moderador. Pero esta sustancia tiene dos modos, el Pravrili que es activo, y el Nervriti que es pasivo. El hombre podrá llegar al Nervriti; pero los unos definen el estado como de reposo, y los otros como aniquilamiento.—La primera interpretación es la más generalizada, principalmente entre los Budhistas de la China, del Japon, de la Tartaria, y sólo en el Thibet se encuentran los *násticas* ó «gentes de la nada», como dicen los Brahmanes.

Resulta de estos datos que nos suministran Burnouf y Hardy, los más decididos en la interpretación que intento explicar, que no es general como se supone la doctrina, y que sólo la aceptan parte de las múltiples sectas religiosas que constituyen el Budhismo, á contar desde los tiempos más antiguos, y que la explicación tampoco procede del Maestro, sino de los sacerdotes, acerca de cuya autoridad conviene no olvidar la sentencia del fundador.—«Buenas son las palabras de los sacerdotes; mas son mejores las de los santos (Bahats); pero las del *Omnisciente* son las mejores de todas.»

La doctrina en el sentido pesimista expuesto, nació y ha arraigado en la tierra santa del Budhismo, es decir, en el Thibet y Ceilan, en el corazón de la antigua cultura sanscrita, lo que me explica el hecho como un resultado de la civilización, de la filosofía y de las creencias de dichas comarcas. La filosofía india en todas sus formas y escuelas extra-brahmánicas preocupase incessantemente del problema de la trasmigración, y se afana, no por negar esta terrible ley que hondamente se arraigó en el Oriente desde edades primitivas, sino por sustraerse á ella, por eludirla,

gracias á la virtud, á la ciencia, á la meditación ó á las prácticas del culto externo é interno. Una vida eterna recorriendo de continuo existencias miserabilísimas ocasionadas al mal y al pecado; pecados que destruían la perfección conseguida para caer más bajo y volver á comenzar la ascension, sufriendo como planta y como animal, y como pária ó como pecador, y cayendo más en lo profundo cuanto más alto se había subido, era una ley terrible, impía, que los filósofos pugaban por dulcificar, enseñando que, la ciencia adquirida, eximía al sabio de esa dolorosísima necesidad.—El sistema Niaya, el Sankhyá, el mismo Védanta, todos señalaban como fruto y resultado de la ciencia la libertad, la redención, la exención del alma de tan horrible imperio. Nirvana es palabra (lo digo con la autoridad de Burnouf) que se encuentra en la literatura Brahmanica como sinónima de *libertamiento, exención, emancipación* ó bien *supremo*.

No bastaba huir de la vida y salir de ella para llegar al sumo bien; era necesario no volver á la existencia, libertarse para siempre de los lazos y congojas de todo género, propios de la existencia terrena.

¿Obedecieron los doctores Budhistas en el tercer concilio á este clamor de la ciencia india? Yo creo que sí, y la palabra nirvana llegó sin otro significado al tercero y más recóndito receptáculo de la triste caja ó cestilla dogmática.—¿Interpretáronla los teólogos budhistas después, educados en el idealismo escéptico de Kapila, en consonancia con las negaciones de pensador tal sutil? Creo que sí, y por ello me explico que entre los habituados á la filosofía Sankhya se conservase la enseñanza, en tanto que se perdió al pasar á regiones alejadas ó distantes.

Todo esto, querido amigo, se me figura sensato y racional, y queda sólo por explicar el empeño de algunas de las sectas Budhistas que alardean de religiosas, no confesando la existencia de lo inmortal.

Pero, me replicará V., ¿y el ateísmo Búdico? No creo en esa enseñanza; Budha no era ateo. No hay texto alguno que confirme la especie. Budha, que venía en son de guerra contra el Brahmanismo, no habla de Brahma, ni de Vichnú, ni de Siwa, lo que era propio de su empresa; pero no niega la existencia de Dios. Buddha era partidario de la doctrina de Kapila; Budha no creía en el Dios ó en los Dioses de los Brahmanes.—Era un escéptico teológico, como si dijéramos, en el sentido de Huet, por ejemplo, en los tiempos modernos, afirmando que la razón no podía discutir *sobre el ser ó el no ser, y que la verdad era asunto de la religión, no de la filosofía*.—Por eso condena las especula-

ciones metafísicas de los Brahmanes, y se afana por señalar el aspecto práctico de la religion, la moral y el orden y régimen de la vida, colocando la oracion y las obras piadosas muy por encima de todo argumentar metafísico. No definiendo á Dios, dejando sólo entrever su existencia por los principios de moral que afirma, coloreaba su oposicion al Brahmanismo, y quizá fundaba de una manera estable, dadas las condiciones y cualidades de las razas asiáticas, su culto.

El Budhismo no tuvo originariamente dogma teológico; y despues ha tenido como dogma teológico todas las construcciones dogmáticas que las corrientes de los tiempos han inspirado á sus sacerdotes y adeptos.

Lo único permanente y fijo ha sido su moral. Por eso ha vivido, porque se ha renovado con el espíritu de la filosofía oriental; por eso creció en la China, y se extendió en el Japon, y corrió por las estepas de la Tartaria asiática; porque las teologías nacionales fácilmente venían á completar la construccion religiosa, llenando el vacío del dogma en el Budhismo, con la propia teología. Fué para los indios, para los mongoles, para los tártaros y japoneses la libertad moral predicada por Budha, el fin del dolor, del sufrimiento, de la esclavitud; y se conseguía haciéndose dueño y dueño dictatorial y enérgico de las pasiones. Despues la pintura de la *Nirvana* quedaba á cargo de la fantasia y de la tradicion de cada raza.—Pero á nosotros no han llegado más que las disertaciones teológicas escépticas de las sectas de Ceylan, y pretendemos juzgar al Budhismo por lo que pensaron algunos de sus sacerdotes de uno de los periodos de la historia, de una secta Budhista.

Yo así me explico la historia de esta religion tenida por un portento entre los modernos; porque las demas hipótesis ni me satisfacen ni me vencen. Ciertamente que hay un filósofo alemán que goza de singular aplauso entre los mismos que anatematizan á Schelling, Hegel y Krause, que ha escrito páginas que podían pasar por comentarios de sectario de la *Nirvana*; pero yo no sé aún si la filosofía de Schopenhauer, tan aplaudida en estos dias, es una teoría pensada y concienzuda, ó si, como sostiene Zeller, es una *humorada* filosófica de un escritor ingeniosísimo y atrabiliario. Ciertamente que doctrinas de la *Nirvana* Budhica, entendida á la manera de los sectarios del Ceylan, reaparecen en las páginas del cantor de la voluntad, y el más negro pesimismo inspira á toda su escuela; pero no es lo mismo filosofar que fundar religiones; y si en el terreno filosófico la teoría del placer, del dolor y del bien del filósofo de Francfort no tiene quien la sostenga y ampare, en

la esfera religiosa es absurda la enseñanza y sería estéril toda predicacion.

No insisto: la historia de las sectas Budhistas es inacabable, y desde los siglos más remotos sus teólogos han renovado todas las concepciones y dogmas de los demas cultos, llenando así el vacío teológico que dejó su fundador.

Sobre el Budhismo, sus naturalezas, la ley, la revelacion, sus modos y formas, las encarnaciones, el verbo, etc., etc., corren en los más de los libros que se dan á la estampa multitud de exposiciones, que tienen en su apoyo la autoridad de este ó aquel libro de la innumerable serie de los teológicos de las diversas sectas Budhistas.—Más aún: no faltan falsificaciones, y sacerdotes Budhistas han explotado últimamente la credulidad de algunos fanáticos, procurándoles textos en que aparecía en redondo la doctrina cristiana, diciéndoles procedían de los primeros tiempos del Budhismo. Excuso decir que estos libros se han publicado despues con gran aparato como demostracion elocuente de que el Cristianismo era un plagio. Absuelvo al engañador, porque el engañado lo estaba ya ó quería engañar.

No dudo acerca del porvenir en la India; el Budhismo no resistirá el contacto con el Cristianismo. Las conversiones Budhistas que se han iniciado son promesas que se cumplirán; pero creo más próxima una composicion del dogma cristiano con la moral de Budha, para lo cual hay elementos y facilidades en la religion de Çakiamuni.—Los viajeros convienen en advertir que la exposicion de los Evangelios no sorprende al Budhista, que creen son libros originados de su creencia y los dogmas; en medio de las vicisitudes de su teología, tampoco disuenan á los fieles de una Iglesia que no tiene más autoridad que la variable de los sacerdotes. No acusaré ni á la Compañía de las Indias, ni á los gobernantes ingleses de haber dado pasos en este sentido; pero conocida la naturaleza del Budhismo, el hecho se cumplirá por la influencia general de una civilizacion en otra, y cumplido este fenómeno, la trasformacion purificadora del Budhismo será rapidísima.

## V.

No quedan, amigo mio, en esta exposicion otros elementos religiosos que el Mahometismo y el Cristianismo. El Mahometismo tiene ya tambien trazado su horóscopo. La gradacion cada vez más acentuada de sus sectas y el contacto con la Iglesia Greco-Rusa bastarán para borrarlo del mundo, y seguirá paso á paso la suerte y miserable historia del Parsismo. No me doy aires de profeta: son sencillas inducciones que la historia indica é inspira.

He creído siempre en el eslavismo, pero no en el eslavismo como un peligro para la Europa germana ó latina, sino en el eslavo como civilizador del Oriente y conquistador del Asia.

Nadie lo ve ó nadie lo mira, pero da pasos gigantescos en estas vías. Tiene por soldado al Imperio Moscovita, y por guía á la Iglesia Greco-Rusa, que ya se ufana con el pomposo título de «Iglesia católica ortodoxa de Oriente.»

¿Ha comprendido la Iglesia Greco-Rusa dónde está su porvenir, y cuáles son los caminos de su futura grandeza? Sí, y trabaja con afán y muy discretamente. El Mahometismo asiático Turco-Persa caerá, y caerá en la confesion Greco-Rusa; como la Turquía, será su presa en el orden político.

Grandes cualidades y condiciones muy adecuadas para este fin reúne la Iglesia Greco-Rusa, sin que estas excelencias se originen de cálculos políticos, como muchos creen, sino que nacen de las tradiciones y caracteres de sus dogmas y de sus enseñanzas, á contar desde los siglos XII y XV.—Gustan los pueblos orientales de los estudios, de la metafísica y de los problemas de la teología como sus hermanos de la India; y si el Mahometismo ha podido destruir las enseñanzas de Zoroastro, en cambio ha perdido su carácter semítico recogiendo las nubes de nociones vagas incoherentes, místicas y teosóficas que la imaginación oriental se complace en recoger y diluir.

El cultivo de una filosofía teológica es perpetuo en Persia; constantemente los profesores enseñan en escuelas públicas y con libertad lo que alcanzan en su razón, y es frecuente ver al Schah seguido de magnates tomar asiento en estas escuelas, agasajando con respeto al profesor y premiando á los discípulos. El sufismo que domina, se divide en escuelas, que se conservan y cuentan, como las antiguas griegas, su duración por las generaciones que han aleccionado los maestros ó jefes de la escuela.—A cada paso surgen cismas como el Babista, y Mr. Gobineau refiere que, al tener noticia de la filosofía europea, las exposiciones de Spinoza y Hegel impresionaron profundamente á los filósofos persas, que estimaban como asiático el genio de los afamados alemanes.

No es tan viva y general la cultura filosófica en Turquía, porque recibe las encontradas influencias Europea y Pérsica, estimando la segunda como propia y nacional.

La Iglesia Rusa acaricia esta tendencia metafísica y mística de los orientales, avivando gérmenes iguales en su pueblo.—Si es intolerante y cruel para con los católicos polacos, cuando vuelve la cara al Oriente, protege y paga el culto mahometano, y el budhista en la Siberia oriental.—Asiste y subvenciona á los lamas de las tribus

mongólicas, y en Astrakan, al lado de cincuenta Iglesias griegas, sostiene dos armenias, diez y nueve mezquitas y dos templos budhistas. Su tolerancia, que sorprendía é irritaba á De Maistre respecto á los orientales, no reconoce límites, y mira complacida al sinnúmero de sectas y herejías que pululan en su seno, creciendo y diseminándose con una fecundidad que no tiene semejante ni en las regiones del Norte de los Estados-Unidos.

No reconociendo la Iglesia Rusa sino la autoridad de los siete primeros concilios cristianos; limitándose su régimen y dirección á sínodos nacionales, que por lo comun sólo resuelven puntos de moral y disciplina, la vaguedad de las definiciones dogmáticas y la amplitud en las interpretaciones son incentivos para el espíritu idealista de los eslavos y de las razas orientales asentadas en las fronteras asiáticas del imperio.—La Iglesia oficial no combate y apenas contradice estas novedades, consagrando los obispos rusos á los sacerdotes de las sectas heréticas.—El cuadro que ofrece el conjunto de estas sectas en la Rusia Europea y Asiática es tan extenso y variado, que, colocándose en la dogmática Greco-Rusa por variedades heréticas y sectas disidentes, va el espíritu hasta los últimos y enérgicos procedimientos de los presbiterianos y hermanos independientes por una parte, y á las exageraciones nestorianas y arrianas por otra, confundándose algunas con las novísimas explicaciones de los budhistas y con las herejías alejandrinas del Babilismo.

Este movimiento va en aumento: los *Douchaborzi* creen, como Orígenes, que la caída es anterior á la creación: como los arrianos, que Jesús no es hijo de Dios sino en el sentido en que puede serlo todo cristiano; que el espíritu universal de la humanidad es hijo de Dios, y que, llegando á ser temporalmente hombre, tiende á ennoblecer á todos los hombres haciendo á cada uno de ellos hijo de Dios; que el Cristo es eterno y eternamente se reconcilia Dios con el hombre en cada hombre, llegando por estas afirmaciones á un panteísmo espiritualista que conduce á la doctrina de *los hijos ó amigos de la luz*, que afirman la existencia de Cristo en nosotros y la reproducción eterna de la pasión y redención en cada hombre. Los *Malakani* en sus reuniones esperan la revelación súbita en algunos de los asistentes, que, poseído por el espíritu, gesticula, cae en violentas convulsiones y profetiza y habla el Verbo Divino; y los *Roscolnies* niegan la resurrección de la carne, admitiéndola sólo para los malos (doctrina brahmánica, en tanto que los fieles se transforman en algo divino.

De estas enseñanzas á las de las sectas budhis-

tas de la Tartaria Asiática y á la del Babismo islamismo hay pocos pasos, y el hecho explica la acogida y las simpatías de la dominación rusa en la Siberia y en la parte central del Asia.

¿Cuál será el resultado de esta política de la Iglesia Greco-Rusa? ¿El oleaje de las herejías la disolverá, dando origen á multitud de Iglesias particulares, que buscando afinidades con las sectas del Budhismo ó del Islamismo penetren en el corazón del Asia, cumpliéndose un trabajo de conciliación de toda esta teología arriana y nestoriana que se ha infiltrado en los cultos orientales? Así opinan Hantaussen y Hanseé, por más que el carácter nacional de la Iglesia Rusa y su extrema facilidad y tolerancia para acoger explicaciones é interpretaciones me haga creer muy remoto el caso.

En tanto, aprovechando el ardor y la actividad de los neófitos de las nuevas sectas, adelanta en la descomposición del Islamismo y del Budhismo, avanzando en la predicación de enseñanzas cristianas en el centro del Asia.

## VI.

En resumen, mi querido poeta: si yo no me engaño, las indicaciones que preceden acreditan la tesis de que el núcleo y la vida de la teología religiosa en nuestra edad se encuentra en las Iglesias cristianas. La Iglesia Católica y las reformadas y reformadoras son las que mantienen viva y fecunda la idea religiosa, y directa ó indirectamente, parcial ó totalmente, el mundo es ya cristiano, apagándose por momentos el recuerdo de antiguas teologías. Las religiones orientales ofrecen ya un interés meramente histórico: su estado actual se separa tanto de los Vedas del Zend-Avesta, del Tripitaka de la Biblia ó del Koran, como su civilización actual de la primitiva en que florecieron aquellos dogmas, como se distingue el Palí y los dialectos indostánicos de la lengua védica, y el árabe moderno de la lengua del Zend-Avesta ó del Koran.—Las influencias cristianas preponderan y dominan.

Confirma y continúa este bosquejo el plan de la historia universal trazado por Bossuet, sin más diferencia que el de sustituir un movimiento orgánico universal y constante, que se cumple en todos los períodos, al trazado único y en línea recta que imaginó el célebre escritor.—No en relaciones históricas y en sucesión cronológica de edades va la Historia á la esencia del Cristianismo, sino que domina esta esencia y prevalece, gracias á la riqueza religiosa de su contenido y á su progresiva y magnífica construcción en la esencia y en la vida de todas las edades y de todos y cada uno de los períodos.—Así se acredita

la verdad religiosa que constituye la esencia del Cristianismo, en parangón con las revelaciones parciales de períodos encerrados en la vida particular propia de una raza ó de una edad, y áun así muéstrase la historia real y objetiva de la religión en su verdadero sujeto y sustancia que es Dios, y Dios providente.

Pero no se agota la materia; el Cristianismo, gracias á diez y nueve siglos de portentosa actividad, se encuentra hoy en el goce de un imperio religioso que nadie le disputa; en Oriente y en Occidente sus verdades ahuyentan ó subyugan las creaciones teológicas de edades pasadas; pero frente á frente del espíritu del siglo, ¿cuál es su estado y su situación? ¿Qué resulta de esa interminable controversia, que iniciada en el siglo XVI, renovada en el XVIII continúa calenturienta y airada en el presente? Lichtenberger da á luz en estos días una historia de las «Ideas religiosas en Alemania,» que, arrancando de Federico II, termina en la antigua y la nueva fe de Strauss, y á lo enumerado en el libro del piadoso alsaciano hay que añadir las alteraciones provocadas por la escuela liberal protestante ginebrina ó inglesa, y las turbulencias que ocasionan los católicos viejos y los nuevos disidentes. ¿Qué es de la religión frente á frente de la filosofía, de las ciencias experimentales y de las convicciones políticas de los pueblos ó de las naciones é imperios? La dialéctica histórica no engaña. Vencidas las ideas religiosas de las edades pasadas que se perpetuaron hasta nuestro siglo, la variedad se produce dentro de la ley cristiana.—Si ántes los términos de oposición tenían el lazo que nacía de la comun afirmación de la verdad monoteísta, como acontece entre bradhmanes, judíos, musulmanes y cristianos, hoy el vínculo es ya más estrecho; porque la oposición se engendra y formula dentro de la idea cristiana, y existe esa mancomunidad entre griegos católicos, protestantes, presbiterianos, anglicanos y las innumerables confesiones y disidencias que la actividad de los tiempos engendra.

El progreso es visible y el triunfo del Cristianismo notorio con relación á la historia.

¿Pero cómo se resolverán estas contradicciones? ¿Qué idea de las acariciadas por los polemistas de hoy triunfará, consiguiendo esa victoria religiosa que convierte al centurion en Pablo? Hay aquí dos problemas: el uno permanente, eterno, que es el de la contradicción de Dios por el hombre; el otro histórico, que es la lucha del catolicismo con las iglesias protestantes.

Yo he seguido con atención la historia de la teología alemana, principalmente desde la aparición de la *Vida de Jesus* de Strauss en 1835, hasta

la aparición en 1872 de su famoso libro *La antigua y la nueva fe*.—En este agitadísimo período, la erudición ha realizado maravillas: no hay versículo en los evangelistas que no haya sido cotejado, rehecho en griego, en latín y comparado con todos los demás versículos de los Evangelios verdaderos y apócrifos.—No ha escapado á las escuelas exegéticas texto alguno sagrado ó profano de los primeros siglos del Cristianismo, que no haya sido medido y pesado como autoridad: ni los antecedentes históricos más nimios del Helenismo y de todas las creencias y leyendas Mesiánicas de las razas semíticas han quedado olvidados ó desatendidos. El ingenio se ha agotado en la explicación de las teorías del mito reflexivo, irreflexivo, natural, artificial, erudito ó espontáneo, y en las enseñanzas del símbolo y del simbolismo histórico y poético y metafísico, cansándose los filósofos en apurar si el lenguaje, por su sintáxis, ó en su prosodia, permitía anteponer el Evangelio de San Marcos al de San Lucas ó San Mateo, y si era muy posterior el de San Juan.—Nada más erudito, más sutil, más docto ni más acabado bajo el punto de vista de la erudición.

Pero si la crítica llega á la conclusión de que Jesús no hizo milagros, y de que los milagros, la resurrección y las apariciones son mitos creados por la fantasía popular y revestidos por la tradición de esplendores sobrenaturales, confieso que no siento herida ni convicción, ni se arruina ni turba mi fe racional en la Religión, que se llama cristiana desde Cristo.

¿Quita ni pone á la verdad de la religión el que sean reales ó meramente creídos los milagros de Jesús? ¿Quita ni pone á la esencia del Cristianismo el que Jesús no ejecutara lo que la letra de los Evangelios narra ó refiere? ¿Qué influencia ejerce aquí la crítica histórica para el problema teológico?

Lo sobrenatural no se combate, no se refuta negando los milagros de Jesús, se combate negando la realidad de la religión como ley sustantiva y eterna de la vida finita y temporal, como lo divino en lo humano. «No hay instante sin milagro,» decía Calderón, con mayor profundidad que los que discuten las bodas de Canaán ó la resurrección de Lázaro; y por eso, estimando como meros ejercicios literarios los afanes de las escuelas exegéticas del protestantismo alemán, creo que Strauss ha planteado la verdadera cuestión, no en la primera ni en la segunda *Vida de Jesús*, sino *La antigua ó la nueva fe*, que es su testamento, y que tanto impresionó á la docta Alemania en 1872.

¿Se niega el milagro para concluir por la negación de lo sobrenatural? Pues es el procedimiento

en absurdo, porque se puede aceptar y adorar lo sobrenatural sin aceptar la doctrina del milagro que es el blanco de las iras de la escuela que inauguró Strauss, y sin creer en las cristologías de las diversas universidades alemanas, se es cristiano.

La llamada extrema izquierda Hegeliana, abordó ya ántes el problema en su raíz y en toda su extensión con los libros de Feuerbach, Stirner Ruge y el convertido Daumer, que escarnecen á porfía las meticulosidades de los sectarios de Strauss.—En su primera época, la religión, escribe el primero, es una ilusión ó un fantasma que engendra el fuego de la fantasía humana y que aprovecha á los tiranos; Dios, dice el segundo, es un engendro del Yo humano reflejándose en las sombras de lo pasado; la naturaleza, la santa naturaleza, es lo único divino que existe, manifestándose en la cadena de los seres, dice el otro; y en pos de éstos, Buchner, Moleschott, Wierchow, Haeckel y los innumerables apóstoles del Darwinismo, última profanación de la escuela de Hegel.

Es este un movimiento natural porque tiene fundamento y causa en las facultades del hombre, y que la religión debe prever y medir sin zozobra. Es la negación de Dios, que el hombre tiene la terrible facultad de formular, negación que va creciendo como testimonio de la libertad humana, al compás que la religión obra y actúa y engrandece al espíritu de los hombres.

¡Singular fenómeno muy propio de la esencia espiritual! La religión, obrando con mayor energía en todo el ser y en toda existencia, moviendo el espíritu á Dios, saca del fondo del mismo espíritu y convierte en acto energías que acrecienta sus fuerzas, aumentando todas sus facultades, y extendiendo el campo y el alcance del libre albedrío; y la libertad moral, torcida ó mal llevada por la razón, convierte en armas contra Dios las excelencias y grandezas que se originan de su contacto é intimidad con lo divino.

La noción religiosa no ha conseguido mejores días que los que corren, ni tampoco por lo mismo ha tenido el hombre el brio con que hoy alardea, negando y blasfemando de la única causa de su crecimiento y progreso. El ateísmo aparecerá siempre con mayor intensidad en los períodos más religiosos, expresando la relación lógica que enlaza la afirmación con las negaciones.

El ateísmo, que dudo mucho consiguiera en las primeras edades religiosas fórmula explícita y científica, se formulará en las edades monoteístas cada día con más aparato y estruendo, y si es exquisita la cultura del pensador que lo enseñe, será violenta su palabra, expresándose en esa violencia al vivísimo sentimiento de la libertad

espiritual y de la independencia del alma, que son frutos naturales de los periodos religiosos.

No me acongoja la lucha; ántes la estimo como el aguijon que impide el descanso y previene el descuido, que no debe haber descansos ni desfallecimientos en el perpetuo ascencimiento de la razon humana.—No me deslumbra el hecho, ni por su causa me asaltan dudas ni recelos; porque se trata sólo de una oposicion entre la realidad y el pensar subjetivo, individual, voluntarioso, hijo del accidente ó de conflictos históricos pasajeros, y sobre todo esto, y muy por encima de ello, va la realidad religiosa que tiene en Dios asiento eterno y en el hombre clara señal y constante testimonio.

Fuera de esta contienda (que es la de la religion con los errores humanos) queda la que reemplaza en el órden histórico á la sostenida por el Cristianismo con el Budhismo y con los dogmas Brahmánicos y Mahometanos, es decir, aparece la que hoy sostiene contra la Iglesia Católica Romana las diversas definiciones de la verdad cristiana, expresada en diferentes Iglesias y confesiones.

¿Qué desaparecerá y qué quedará vivo al terminar esta polémica, que hoy por desventura reviste los caracteres de lucha enconada?

Lo pasado permite entrever lo provenir.—Los que consigan penetrar y exponer el conjunto de verdades religiosas más universales, más profundas, que mejor lleven á la conciencia del hombre el resplandor que ilumina lo que de divino hay en la conciencia humana, esos serán los vencedores, y los vencidos aplaudirán la victoria.

¿Quién va por mejor vía? ¿El ultramontanismo hoy dominante en Roma? ¿La teología que se predica bajo los auspicios de Bismarck? ¿El protestantismo liberal? ¿Los católicos viejos que acaudilla Doellinger?

¡Ah! la pluma no quiere escribir la triste y dolorosísima confesion de que son errados los caminos por los que todos se empeñan, y que otros muy distintos abre la idea del Dios único y de la verdad real de la religion. Llevar la razon á Dios debe ser la empresa comun y la que el siglo exige.

Por eso las tesis de las escuelas críticas y los resultados de cuarenta años de exegesis en Alemania y Francia inspiran escaso interes.—Para los que afirman como yo la existencia de la religion como ley sobrenatural, no es motivo de apasionamiento el pasaje de San Mateo, San Marcos ó San Lucas respecto á éste ó á aquél milagro; porque no es en los milagros donde está el fundamento real de la religion, y para los que en redondo y doctoralmente niegan lo sobrenatu-

ral, es nimiedad enojosa el exámen de textos y datos históricos.

Por eso las teorías sobre la iglesia que apasionan á Bismarck y al clero católico ó luterano, no conmueven la conciencia general, deslumbrada por incendios mayores.

¿Pero cómo y por qué el espíritu del siglo ha llegado á esa congoja, y cómo y por qué en la Iglesia universal y en el sacerdocio universal se persiguen pormenores y se apasionan los Doctores por accidentes históricos, cuando es visible la necesidad y la aspiracion de las generaciones que hoy viven y esperan?

Strauss ha recorrido toda la serie que marca las distintas trasformaciones del problema desde la *Vida de Jesus*, publicada en 1835, hasta *La antigua y la nueva fe*, dada á la estampa en 1872; y como ese es el derrotero de la moderna teología, y expone y hasta formula con precision los términos en que está hoy planteado el problema, la ley de estos estudios aconseja recoger los resultados de la vida intelectual de uno de los hombres que más han influido en este siglo, y que sean los que fueren sus errores, la Providencia y el estudio le habían adornado y enriquecido con soberanas facultades y conocimientos portentosos.

Pero peca ya la carta por extensa y remito el caso á mejor ocasion, repitiéndome en ésta su muy amigo y constante admirador Q. S. M. B.

FRANCISCO DE P. CANALEJAS.

Catedrático de la facultad de Filosofia y letras de la Universidad de Madrid.

## LA REINA DOÑA JUANA.

Sólo le sirvieron su elevado rango, su egregia estirpe y su inmenso poderío para hacer más públicas y notorias sus desgracias y debilidades (1).

Historia y novela, costumbres y política, psicología y fisiología, de todo tiene el asunto que nos ocupa. Si sólo se tratara de una señora rica y amante de su familia, reducida por la ambicion de ésta á perpétua y forzosa prision, so color de locura, no dejaría de interesar la narracion de sus desventuras, porque siempre la desgracia tiene atractivo irresistible para las almas nobles; pero tratándose de una Reina, y de una Reina española, de la hija y heredera de los Reyes Católicos y de la madre del Emperador Carlos V, el interes sube de todo punto; la pasion política invade la fria y

(1) *Bosquejo biográfico de la Reina Doña Juana*, formado con los más notables documentos históricos relativos á ella; por D. Antonio Rodríguez Villa. Madrid, imprenta de Aribau, 1874.

marmórea mansion de la historia, y á trueque de conservar incólumes y deslumbrantes sus viejos ídolos, no vacila en disfigurar la fisonomía de otros personajes sacrificados á sus perfidias.

No parece sino que Mme. Staël escribió de intento para la Reina Doña Juana aquel famoso y conocido dicho de que «el amor es la historia de la vida de las mujeres, y sólo un episodio de la de los hombres.» Tanta es la propiedad con que puede aplicársele. En prueba de ello vamos á trazar á grandes rasgos los principales períodos de la vida de esta infortunada princesa, víctima sucesivamente de la ambicion de su marido, de su padre y de su hijo, ateniéndonos escrupulosamente á los documentos históricos publicados por el Sr. Rodriguez Villa, existentes en el archivo de Simancas, biblioteca de la Academia de la Historia, archivo del duque de Alburquerque, Biblioteca Nacional y en otras partes.

### I.

Casada muy jóven Doña Juana en 1496 con el Archiduque de Austria D. Felipe, hombre frívolo, indolente y orgulloso, muy pronto comenzaron los Reyes Católicos á recoger los amargos frutos de tan mal concertado matrimonio, cuyas consecuencias habían de ser, durante dos siglos, funestas y sangrientas para los españoles. Afligida la Reina Doña Isabel al saber la opresion en que vivía su hija y la indiferencia con que la trataba su marido, de quien estaba ciegameute enamorada, y no recibiendo directamente de ella carta ni mensaje alguno, envió en 1498 á Bruselas con pretexto de visitarla, pero con designio de que se enterase del estado y manera de vivir de Doña Juana, á Fr. Tomás de Matienzo, prior de Santa Cruz. Extrañó éste que en su primera conferencia con ella se turbase oyendo hablar de sus padres y de su patria, y que no le preguntase por persona alguna de España. Encontróla tibia en las prácticas religiosas y coartada en todas sus acciones; mas, por estar muy próxima á dar á luz á la princesa Doña Leonor, no se atrevió á interrogarla la causa de su temor. Libre ya de su cuidado, tuvo con ella Fr. Tomás una larga entrevista, de la que dió cuenta á la Reina Isabel en estos términos: «Le dixé todo lo que V. A. me mandó... lo mas benignamente que pude y con cuanto amor V. A. se lo manda decir, no en forma de reprension. Recibióla muy bien, besando las Reales manos de V. A. por la avisar cómo guiase su vida, y á mí que me lo agradecía mucho, y que habría placer de cualquier cosa que ménos buena me pareciese si se la dijese. No sé qué tanto durará. Dixele, entre otras cosas, que tenía un corazon duro y crudo, sin ninguna pie-

dad, como es verdad. Dixome que ántes le tenía tan flaco y tan abatido, que nunca vez se le acordaba cuan lexos estaba de V. A. que no hartase de llorar en verse tan apartada de V. A. para siempre.»

Preguntándola este padre por qué no intervenía en el gobierno de su casa y consentía que no fuese pagada su servidumbre, y aconsejándola diese parte de ello á su marido, contestó que éste en seguida se lo decía á los de su Consejo, de donde la resultaba á ella mucho daño, y que no la daban parte alguna en el manejo de su casa. Lo cierto es, escribía Fr. Tomás á la Reina, que Madama Aloyñ, los del Consejo del Archiduque y el contador Muxica, «tienen esta señora tan atemorizada, que no puede alzar cabeza.» Doña Ana de Beamonte es la que mejor sirve á S. A., «salida ella de aquí, queda del todo sola esta señora... En esta tierra, mas honra hacen por bien beber que por bien vivir.»

Entre tanto, los flamencos se repartían á más y mejor las rentas de Doña Juana, unas veces sin su conocimiento y contra su voluntad, otras *mandándola* luego firmar las órdenes. La desdichada heredera de Castilla y de Aragon, acobardada por el miedo, firmaba y callaba, y sólo cuando se marchaban se atrevía á decir: «Ogaño pasé, mas para otro año no quiero que hagan mercedes sin mí.»

Dirigidas toda la atencion de su espíritu y las fuerzas todas de su corazon al amor de su esposo, miraba con indiferencia y áun con aversion cuanto á la política se refería; lamentable abandono que sucesivamente explotaron su marido, su padre y su hijo, y que fué, á la vez que la principal causa de sus desventuras, una de las que más contribuyeron á mantener el desórden y la turbacion en el reino castellano. La que no era dueña del gobierno de su casa, ni áun siquiera de su persona, se veía á un tiempo solicitada por su padre y por su marido para que otorgara á éste ó á aquél la gobernacion de Castilla, despues de muerta su madre. En tan apurado trance, nacida más para amar que para reinar, hacia depender los más graves y trascendentales negocios de Estado del mayor ó menor grado de cariñosa correspondencia que hallaba en D. Felipe. La paz y el órden del poderoso reino castellano estaban pendientes de una mirada expresiva y dulce, aunque afectada, del Archiduque; de una frase galante ó desdeñosa; de un movimiento brusco ó voluptuoso. Si su marido la acababa de causar enojo fomentando sus celos, escuchaba los insidiosos consejos de D. Juan de Fonseca, Obispo de Córdoba, y del secretario Lope Conchillos, emisarios secretos del Rey Católico para obtener de ella que firmase, como firmó, el poder que autorizaba á éste para

governar Castilla, mientras su hija viviese. Si, por el contrario, D. Felipe, fingiendo un amor que no sentía, ó accediendo momentáneamente á alguna de sus súplicas, la pedía escribiese á los grandes de Castilla, diciéndoles que su voluntad era que gobernase el reino su marido, firmaba la notable carta dirigida á Mr. de Vere, su embajador en España, carta en que trata, así de la pretendida locura con que las gentes la suponen, como de la codiciada gobernación de sus Estados. Tocante al primero de estos puntos, no manifiesta extrañeza de que la levanten falsos testimonios, pues á Nuestro Señor se los levantaron, y «si en algo, dice, yo usé de pasión y dejé de tener el estado que convenia á mi dignidad, notorio es que *no fué otra la causa sino celos*, y no sólo se halla en mí esta pasión, mas la Reina, mi señora, que fué tan excelente y escogida persona en el mundo, fué asimismo celosa; mas el tiempo saneó á S. A., como placera á Dios que hará á mí.» Respecto al segundo punto declara que no falta quien diga que á su padre place sea verdad su locura «á causa de gobernar nuestros reinos»; pero si así fuese «no habia yo de quitar al Rey, mi señor, mi marido, la gobernación de esos reinos y de todos los del mundo que fuesen míos, ni le dejaria de dar todos los poderes que yo pudiese.»

D. Fernando de Aragon, que por los emisarios antedichos sabia perfectamente el estado de opresion y de abatimiento en que vivia su hija, escribia el Gran Capitan: «A lo que decís que habeis sentido que no estais bien con el Rey Archiduque mi fiijo, bien veo que, en tanto que gobiernen á él é á su casa los franceses, no querrán bien á ningun buen español, é que los franceses trabajarán cuanto pudieren en enemistarlo conmigo é con todos los que han fecho daño é contrariedad á franceses, é han sido é son fieles españoles. No me maravillo que los franceses acaben esto con él, pues han acabado que no se han contentado con publicar por loca á la Reina, mi fiija, su mujer, y enviar acá sobre ello escrituras firmadas de su mano; mas he sabido que la tienen en Flandes *como presa é fuera de toda su libertad*, é que no consienten que la sirva, ni vea, ni fable ninguno de sus naturales, é que lo que come es por mano de flamencos; é así su vida no está sin mucho peligro. Guárdela Dios.»

Para completar el triste cuadro del estado de la Reina Doña Juana en vida de su marido, debe tenerse presente el horrible tormento que sufriria al ver á su esposo, prenda la más querida de su corazón, entregado á continuos galanteos y criminales amorios. A este propósito refiere un escritor contemporáneo, que una vez que sorprendió

la Reina á su marido con una dama flamenca, lloró tanto, que desde entónces quedaron como secos los manantiales de sus ojos, y ni áun en la muerte del Archiduque vertió una sola lágrima. No por esto fué en este trance ménos profunda su pena; ántes bien, olvidándose por completo de las infidelidades y desafecto de su amado Felipe, exaltóse con su muerte hasta el delirio su amorosa pasión, y emprendió aquella extravagante y fantástica procesion con el cuerpo del Rey, su marido, vagando por las nocies de pueblo en pueblo y de venta en venta, seguida de prelados y de magnates, animada por la insensata esperanza de que pronto recobraría la vida aquel cadáver, segun un fraile la habia anunciado. «Está todo el mundo— escribe el secretario Conchillos á su tío Perez de Almazan, secretario del Consejo de SS. AA.—escandalizado de esta partida... Con este disparate que ha hecho la Reina, no hay chico ni grande que no diga que está perdida y sin ningun seso, sino Joan Lopez que dice que está más cuerda que su madre, y anda prestándole dineros para facer estas cosas... Paréceme que S. A. anda á buscar cinco piés al gato.»

## II.

A los pocos meses de la muerte del Rey Archiduque, y cuando todavía su inconsolable viuda no se había separado de su cadáver, entablaron Enrique VII de Inglaterra y Fernando V de Aragon activas negociaciones para el casamiento del primero con la Reina Doña Juana. Movidó el uno por su insaciable codicia y el otro por su ambicion de mando, sin respetar el legítimo y natural estado de dolor y de tristeza de la Reina viuda, trataron de obligarla á contraer nuevas nupcias, «agora estuviese sana ó enferma.» Hasta su misma hermana Doña Catalina, princesa de Gales, que tenia sobrados motivos para conocer el carácter avaro y soberbio del Rey de Inglaterra, la escribió, de acuerdo con el Rey, su padre, aconsejándola el proyectado enlace.

Por fortuna, la que hacían pasar por loca tenia más dignidad y más cordura que personajes encomiados por su discrecion y prudencia, y que en realidad estaban tan locos de ambicion y de poderío que se olvidaban hasta de los más naturales sentimientos de piedad paternal y de conyugal amor. La Reina Doña Juana rechazó indignada las insensatas proposiciones de su padre y de su hermana, y prefirió, con tal de que no apartaran de su vista el féretro de su esposo, dejarse aprisionar por todo el resto de su vida en la lóbrega, tristísima y miserable fortaleza de Tordesillas, rodeada de espías, carceleros y tiranos de su voluntad y de su cuerpo, que no otro papel des-

empeñaron aquellos á quienes el Rey Fernando encomendó la guarda y custodia de su hija. ¿No había en los vastos dominios castellanos lugar más frondoso y más apacible, campiña más risueña, palacio más espléndido que aquella tenebrosa mansion de Tordesillas, para encerrar en ella á la Reina de Castilla y Archiduquesa de Austria, á la heredera de Aragon y de Nápoles, á la Señora de dos mundos? Aun siendo cierta su locura, ¿no debió haberse procurado instalarla en un sitio ameno y saludable, rodearla de servidores afables y tolerantes, y atender con la mayor solicitud y esmero á su consolacion y restablecimiento? ¡El interes político pudo, sin embargo, más en Fernando de Aragon que el amor paternal!

¿Cumplió el gran Carlos V sus deberes filiales mejor que aquel los suyos de padre?

### III.

Uno de los primeros actos del jóven monarca fué nombrar gobernador de la casa de la Reina, su madre, al marqués de Denia, hombre duro é impasible, severo y hasta cruel, como verán nuestros lectores. Debíó no obstante desempeñar su cargo tan á gusto y satisfaccion de Carlos I, que, á pesar de las reiteradas y sentidas quejas que contra su excesivo rigorismo le expusieron algunas personas, entre ellas su misma hermana Doña Catalina, no sólo no le separó de su puesto, sino que le hizo muchas mercedes, aprobó siempre su parecer, y cuando falleció en 1536 nombró á su hijo para sucederle en la gobernacion. Las pocas veces que estuvo en Tordesillas á visitarla fué á prisa y como de paso, sin introducir mejora alguna en el servicio de la Reina su madre.

Instaba ésta al marqués de Denia para que la sacara de aquella prision, empleando unas veces razones y ruegos; y exasperada otras al ver que no eran atendidos sus justos deseos, se entregaba á actos de cólera y desesperacion. El de Denia escribía á Carlos I á este propósito: «Díceme á mí tantas buenas palabras para atraerme á esto, que me espanta cómo las dice quien está como S. A.» (1). El marqués escribía minuciosamente á Carlos I todas estas escenas, y éste contestaba con el mayor laconismo, sin proveer ni determinar nada. Su único cuidado era siempre encargar al de Denia, que cuando S. A. le habiase sobre este punto, procuráse no hubiese nadie absolutamente sino él en su presencia, mandándole además que á nadie comunicase el estado y alteraciones de su madre, y ni aun usara amanuense para escribirle.

(1) En otra carta escribía él mismo: «Crea V. M. que dice palabras para levantar las piedras.»—En otra: «Díjome tantas lástimas, que me hizo piedad, y por otra parte embravecíase.»

Pero ¿qué más? ¿No tuvo el marqués de Denia que recordar una y otra vez á su señor que enviase de tiempo en tiempo alguna persona á visitar á Doña Juana en su nombre y regalarla alguna cosa de oro ó otra joya con que huelgue, que el Rey Católico lo solía hacer así y holgaba Su Alteza dello? No consta á pesar de esta advertencia que la hiciese presente alguno.

Para apartar de Carlos I la odiosidad ó las repriminaciones que semejante conducta podía suscitar en el ánimo de su madre, el falaz gobernador de Tordesillas ocultó á Doña Juana el fallecimiento del Rey Católico su padre, cargando sobre éste toda la culpa de los tiránicos é inhumanos actos que con ella ejecutaba. Habiendo muerto el Rey Don Fernando á principios del año 1516, todavía á fines del de 1519 escribía á Carlos I el marqués de Denia el siguiente párrafo de carta, como vanagloriándose de su proceder: «Yo he dicho á la Reina, nuestra señora, que el Rey mi señor, su padre, es vivo, porque todo lo que se hace que no es en tanto contentamiento de S. A., digo que lo manda y ordena así el Rey, porque con el acatamiento que le tiene pásalo mejor que lo pasaría si supiese que es muerto, y áun esto aprovecha para otras muchas cosas que tocan á vuestro servicio..... S. A. me ha hablado dos veces y me ha dicho que yo escriba al Rey su señor que no puede sufrir la vida que tiene, que há tanto tiempo que la tiene aquí encerrada y como presa; que, aunque como hija le haya de acatar, que mire que es razon que sea mejor tratada.» Palabras que, áun á través de los siglos, desgarran el corazon y despiertan la caridad y la simpatía en el alma ménos sensible, pero que no causaron á su hijo la menor emocion, ni dió disposicion alguna para sacarla de aquel tormento, áun sabiendo como sabía que Tordesillas y los pueblos comarcanos estaban infestados por la peste, que en todos ellos causaba numerosas víctimas.

El Cardenal Adriano, que luego fué Papa, sexto de este nombre, siendo gobernador de los reinos de España en ausencia de Carlos I, escribía á éste en el año 1520: «Casi todos los criados y servidores de la Reina dicen que S. A. ha sido agraviada y detenida por fuerza catorce años en aquel castilla (el de Tordesillas) como que no estuviera en sí, habiendo estado siempre en buen seso y tan prudente como lo fué en el principio de su matrimonio (1).»

Si estaba ó no estaba loca, si era ó no apta para

(1) El mismo Cardenal escribía á Lope Hurtado de Mendoza, para que de palabra lo comunicase al Rey, que «los criados y servidores de la Reina dicen públicamente que el padre y el hijo la han detenido tiránicamente, y que es tan apta para gobernar como lo era en edad de quince años, y como lo fué la Reina Doña Isabel.»

governar, júzgenlo nuestros lectores por la siguiente contestacion que dió á la junta de las Comunidades de Castilla el dia 24 de Setiembre de 1520 (1): «Yo, despues que Dios quiso llevar para sí á la Reina Católica, mi señora, siempre obedeci é acaté al Rey, mi señor é padre, por ser mi padre é marido de la Reina, mi señora; é yo estaba muy descuidada con él, porque no hobiera ninguno que se atreviera á hacer cosas mal hechas. É despues que he sabido como Dios le quiso llevar para sí, lo he sentido mucho y no lo quisiera haber sabido, y quisiera que fuera vivo y que allá donde está viviese, porque su vida era más necesaria que la mia; y pues ya lo había de saber, quisiera haberlo sabido ántes, por remediar todo lo que en mí fuese. E yo tengo mucho amor á todas las gentes é pésame mucho de cualquier mal ó daño que hayan rescibido; *é porque siempre he tenido malas compañías, é me han dicho falsedades é mentiras, é me han traído en dobladuras, é yo quisiera estar en parte donde pudiera entender en las cosas que en mí fuesen; pero como el Rey, mi señor, me puso aquí, no sé si á causa de aquella que entró en lugar de la Reina, mi señora, ó por otras consideraciones que S. A. sabría, no he podido más;* y cuando yo supe que los extranjeros que entraron ya estaban en casa, pesóme mucho dello y pensé que venían á entender en algunas cosas que cumplían á mis hijos, é no fué así. É maravillome mucho de vosotros no haber tomado venganza de los que habían fecho mal, pues que quien quiera lo pudiera hacer, porque de todo lo bueno me place y de lo malo me pesa. Si yo no me puse en ello fué porque allá ni acá no hiciesen mal á mis hijos, é no puedo creer que son idos, y mirad si hay alguno de ellos, aunque creo que ninguno se atreverá á hacer mal, seyendo yo segunda ó tercera propietaria é señora, é aun por esto no había de ser tratada así, pues bastara de ser hija de Rey é de Reina. É huelgo mucho con vosotros porque entendais en remediar las cosas mal hechas, y si no lo hiciéredes, cargue sobre vuestras conciencias, y ansí os las encargo sobre ello; y en lo que en mí fuere yo entenderé en ello, así aquí como en otros lugares donde fuere. É si aquí no pudiere tanto entender en ello, será porque tengo que hacer algun dia en *sosegar mi corazon y esforzarme de la muerte del Rey, mi señor.*»

Derrotados los Comuneros, el marqués de Denia, que había sido por ellos privado de su cargo, volvió á ejercerlo con tal violencia y tal espíritu

de venganza, que Lope Hurtado de Mendoza, gran confidente del Rey y la Infanta Doña Catalina, hija menor de Doña Juana, que vivía con ella, escribieron á Cárlos I rogándole mandase al marqués moderar su enojo. La carta autógrafa de la jóven y bella Infanta, testigo de los sufrimientos de su madre, y víctima también de la altanería y crueldad del de Denia, conmueve profundamente, y nada hay que pinte con tanta fidelidad ni con tan vivos colores la penosa vida de la infortunada Reina de España como los siguientes párrafos de ella:

«Yo he escrito á V. M. algunas cartas, y todas aquellas han sido como el marqués y la marquesa han querido, porque no me han dado ni dan lugar á otra cosa. Esta es para que V. M. sepa la vida de la Reina mi señora é mia en qué se gasta, sin que V. M. se sirva... Por amor de Dios suplico á V. M... lo mande proveer con la brevedad que ser pueda, acordándose que la Reina mi señora y yo no tenemos otro bien ni remedio sino á V. M. ....Yo hasta aquí no he querido dar enojo á V. M. con mis cartas cerca de lo que aquí pasó con el marqués y marquesa, porque traen tanta guarda sobre mí para que no escriba más que lo que quisieren... Y porque la condesa de Módice, mujer del Almirante, me escribe y yo le escribo por las muchas piedades y buen ejemplo que aquí me hizo y dió, *me quiere la marquesa sacar los ojos,* y hace pesquisas sobre mí quien me lleva ó trae las cartas de la condesa ó sus hermanas, *y me hacen poner guardas* para que no me hable ni escriba, y otras cosas muy fuera de lo que debía hacer conmigo... Yo no querria otro confesor y maestro, salvo al guardian, pues que el Rey Católico mi señor y abuelo y V. M. me lo dieron, y es lo que me conviene por su honestidad y bondad; y por que ellos le querrian desarraigar de aquí y me importunan que tome otros frailes, á V. M. suplico me envíe á mandar que para maestro y confesor no use de otro.—Item, que V. M. envíe á rogar y mandar al Cardenal, porque tiene mucho cuidado de mí, que con acuerdo del Guardian, mande á una dueña de las de la Reina mi señora que tenga mis vestidos y ropa ó lo que tuviere, porque la que V. M. me dió para guarda-ropa y su marido, son criados de la Marquesa y se lo toman todo y lo gastan y funden, y yo no tengo cosa propia ni me dura...—Item, que V. M. mande al Guardian que por ninguna causa deje de ver y consolar á la Reina mi señora cuando le llamare ó á él le pareciere, y que mande que no se lo estorben, porque no tiene otro con quien descanse y es buen servidor de V. M.—Item, V. M. provea *por amor de Dios, que si la Reina mi señora quisiere pasearse al corredor del rio ó de las esteras ó salir á*

(1) Consta esta respuesta en el testimonio de la entrevista de la Reina Doña Juana con los miembros de la junta de las Comunidades, autorizado por escribanos, y que se conserva en el archivo de Simancas.

*su sala á recrear, que no se le estorben... porque por andar la Marquesa y sus hijas, sin que la Reina las vea, mandan á las mujeres que no le dexen salir á la sala y corredores, y la encierran en su cámara, que no tiene luz ninguna sino con velas, y no tiene más á donde se retraiga de la cámara y no se saldrá aunque la saquen por fuerza, y cuando otra cosa probase están ahí las mujeres.»*

Increible parece, pero ni los ruegos y consejos de sus más leales servidores, ni las súplicas y lamentos de su hermana, que llegó á enfermar de sarna en aquella mísera habitacion, movieron á Carlos I á mejorar el estado de prision, de tinieblas y de martirio á que se hallaba reducida su madre. ¡Estos son los príncipes que la cristiandad aclama *católicos* y la historia *gloriosos*! La osadía del Marqués de Denia creció hasta el punto de querer imponerse también á las conciencias de la Reina y de su hija, tratando de obligar á la primera al cumplimiento de ciertas prácticas religiosas, y á la segunda privarla de su antiguo confesor, sometiéndola á otro más de su agrado.

Al fin, despues de *cuarenta y seis años* de forzosa reclusion en aquella tenebrosa cárcel, despues de padecer, por espacio de más de medio siglo, los más crueles desengaños, las más horrendas amarguras y los dolores más acerbos, sucesivamente causados por su marido, por su padre y por su hijo, falleció la Reina Doña Juana á los setenta y cinco años de edad, recobrando con la muerte su perdida libertad. La noticia de su fallecimiento causó general admiracion y sorpresa, porque sus ilustres carceleros habían cumplido tan á maravilla las prescripciones de sus amos, que ni los ancianos se acordaban ya de aquella Reina Doña Juana que habían jurado en las Cortes de Toro, ni los jóvenes tenían apenas noticia de su existencia.

¡Porque era vehemente y apasionada en la expresion de sus sentimientos, porque quiso del todo consagrarse al amor de su esposo, porque ante esta idea menospreció la vanidad y la ambicion humana, los unos, por interes propio, fingieron que estaba loca, los otros, por credulidad ó por cálculo, lo creyeron y afirmaron! Mas unos y otros ¿no tuvieron también por locos á Colon, á Juan de Padilla, á Lutero, y por traidores á Gonzalo de Córdoba, á Hernan Cortés y á Pescara? Los que prendieron á Colon, degollaron á Padilla y se mofaron y persiguieron á Lutero; los que establecieron la inquisicion, expulsaron los judíos, quemaron en la plaza pública tesoros de ciencia, de historia y de literatura, faltaron á lo capitulado en Granada y provocaron las germanías, ¿tendrán derecho á ser creidos al apellidar

loca á Doña Juana y disculpar la perpetua prision á que la redujeron?

V. R.

## LOS HABITANTES DEL ÁFRICA CENTRAL.

LA ESCLAVITUD.—EL HAREN.—LA VIDA DOMÉSTICA.—  
LA AGRICULTURA.—LAS MISIONES CRISTIANAS (1).

Ounyanyembe, Sudeste de África, 9 de Abril de 1872.

Mi querido señor:

Al tratar de daros una idea del comercio de esclavos en estas tierras y de los males que ocasiona, importa no decir toda la verdad para que no se me culpe de exagerar las cosas. Sería, sin embargo, difícil pintar nada tan triste como la realidad, y creo imposible exagerar las enormidades que se cometen. Las observaciones que ha hecho Sir S. Baker acerca de la atroz conducta de los tratantes de esclavos en el Nilo Blanco, están exactamente de acuerdo con las mias respecto á los tratantes de esclavos árabes y á los mestizos portugueses más hácia el Sur.

Los espectáculos á que he asistido, aunque sean incidentes ordinarios de este pretendido comercio, son tan terribles que procuro perder la memoria de ellos. Ordinariamente logro, ayudando el tiempo, olvidar las cosas desagradables; pero no sucede así con estas escenas de esclavitud, constantemente en mi imaginacion, á despecho de los esfuerzos de mi voluntad, y á veces me despierto á media noche horrorizado viéndolas desfilar ante mis ojos con toda su horrible realidad.

Posible es que algunas personas vean en esto un indicio de espíritu débil, poco filosófico, puesto que sostienen que toda la familia humana ha pasado por la esclavitud, progreso necesario para salir del estado bestial, canibalismo, edades de piedra, de bronce y de hierro.

La idolatría y la esclavitud, dicen, son parte integrante del progreso de la humanidad. Los defensores de estas teorías citan muchos interesantes hechos en su favor. Es admirable la aplicación, la fuerza de voluntad del mayor número de esos intrépidos investigadores de la verdad científica. Obsérvese que estos sabios no tienen ideas preconcebidas, y siguen la verdad adonde les conduzca.

¿Hay nada más bello, por ejemplo, que la calma y la serenidad con que Darwin ha sostenido su famosa teoría sobre el origen de las especies? Sus sucesores

(1) Entre los papeles del doctor Livingstone que se han recibido en el Ministerio de Negocios extranjeros de Inglaterra, se encuentra esta carta dirigida por el célebre viajero á Mr. James Gordon Bennett, propietario del *New York Herald*, y que se ha publicado ha pocos días en Inglaterra.

inmediatos, sus compañeros de trabajo, participan igualmente de su calma y de su filosofía. Cualesquiera que sean sus conjeturas sobre el pasado de la raza humana, estos verdaderos sabios tienen sentimientos benévolos para las razas más degradadas de los hombres, considerando la esclavitud como una inmensa desgracia para los esclavos, y como otra desgracia, si cabe mayor, para los dueños. Casi todos desean vivamente que la educación sea accesible á todos los miembros de la humanidad, y el mayor número trabajan con ardor por medio de sus conferencias y de sus obras, por cuantos recursos tienen en su poder para esparcir la instrucción en las masas.

El progreso humano nada debe temer de los hombres de esta clase; pero hay otros que convierten la ciencia en locura, gentecilla, prodigios de ciencia en embrion, que sigue los rastros de los verdaderos sabios. Reiría á carcajadas hasta un caballo, perdonadme la expresión, al verles llenos de orgullo subirse al tripode y sacar de los hechos más sencillos las deducciones más extrañas, aumentando su regocijo en proporción de las extravagancias de las consecuencias.

Recuerdo haber oído en Londres á cierto señor una Memoria sosteniendo que la raza humana existía hace cien mil años, y probablemente hace doscientos mil, sin tener en cuenta que esto supondría en dicha raza muchos siglos de una ignorancia absoluta.

Si fuera cierto que necesitaba pasar por la horrible escuela de la esclavitud y del comercio de esclavos, habría que desesperar de nuestra raza y casi desear que desapareciese lo más pronto posible.

Con frecuencia, durante mi estancia en Inglaterra, me han preguntado: ¿Querrían trabajar los africanos? Sí; pagándoles. Mi respuesta producía un efecto invariable; veía alargársele la cara á mi interlocutor, tanto y tan bien, que imaginaba, acaso por falta de caridad de mi parte, si querría hacerles trabajar gratis; es decir, ser dueño de esclavos. Sospecho que una parte, al ménos, de las simpatías que en Inglaterra encontraban lo que los ingenuos llamaban la causa del Sur, durante la guerra civil en los Estados-Unidos, provenía de un secreto deseo de poseer esclavos.

Un inglés, por lo ménos, ha intentado poner en práctica la bella teoría de aprovechar, sin que nada le cueste, el fruto del trabajo de una raza inferior. Tenía un hermano representante de una de las grandes ciudades de Inglaterra en el Parlamento, y su madre, al morir, le había dejado diez mil duros, que dedicó á comprar en el Cabo de Buena Esperanza una carreta, bueyes y una pacotilla, compuesta principalmente de tabaqueras de papel prensado, cada una de las cuales tenía un espejito en el interior de la cubierta. Las referidas cajas eran en su concepto el nervio de la guerra. Se puso en camino y llegó á donde yo me encontraba, á 1.600 kilómetros en el interior de las tierras. Entonces advirtió que ni siquiera podía proporcionar-

se alimentos en cambio de tabaqueras. Preguntéle por qué había empleado su dinero en objetos tan inútiles, y me respondió que había leído en una relación de viajes que á los indígenas gustaba mucho mirarse en un espejo, y que adoraban el tabaco, por lo cual había creído adquirir mucho marfil en cambio de sus preciosas tabaqueras. Hablando con él advertí que había alimentado la esperanza de que lo eligieran jefe de alguna tribu; díjome que conocía á un jóven que tenía esta pretension, y confieso que le atribuí el pensamiento. A excepcion de sus famosas tabaqueras, no poseía absolutamente nada, y vivió con nosotros cerca de dos meses. Nuestras provisiones se agotaban rápidamente; yo era recién casado, y á mi jóven esposa repugnaba la idea de faltar á la hospitalidad con un compatriota; pero una voz interior, que me mandaba ir á visitar otra tribu, resolvió la dificultad.—¡Oh! dijo nuestro huésped, yo os acompañaré.—Más vale que no, le respondí, sin darle ninguna otra explicación. Al abandonarnos nos dejó algunas docenas de tabaqueras, que para nada me sirvieron. Con frecuencia, decía:—Se supone á estos negros ignorantes y estúpidos; pero, ¡qué diablo! son capaces de dar lecciones á un inglés.

Por fortuna hay pocos individuos tan absurdos como el citado, y sin embargo, ¿por qué tantas personas parece que sienten la emancipación de los esclavos en Jamaica y en los Estados-Unidos del Sur? Hay gentes que no hablan de emancipación sin condenarla como falta enorme, y lo cierto es que el difunto y reverendo doctor Channing, que había estudiado este asunto durante toda su vida, y que lo conocía mejor que ningun otro en el mundo, declaró que los plantadores del Sur, al restablecer la esclavitud, habían cometido insigne locura. Los acontecimientos han demostrado que tenía razón, y si los Estados del Sur restablecen algun día la esclavitud, ésta ocasionará la ruina del país. Acaso no sea respetuoso comparar las razones de los llamados filósofos, que, tomando ejemplo de la antigüedad, pretenden que la esclavitud es cosa natural y necesaria al hombre, con el razonamiento de ciertos indígenas de la tribu de los Manyema, en Bambarre; pero ved cómo tienen alguna analogía. Los Manyema habían muerto un mono gorilla, que en su país llaman *soho*. Este animal tenía las orejas taladradas con agujeritos para ponerse anillos. Grande emoción produjo el descubrimiento, y hubo largo debate, llegando á convenir en que era evidente que el gorilla había muerto siendo hombre y resucitado *soho*. En pro de esta teoría, por lo ménos había un hecho, el de los agujeritos en las orejas. Este punto era para mí indiscutible.

### I.

Voy á daros idea de la felicidad perfecta en vista de la cual estos pretendidos árabes cometen toda clase

de atrocidades en el Africa central. Conversando un día con un príncipe árabe de raza mestiza, me aseguraba, siguiendo la opinion general del país, que las mujeres son malas, absolutamente malas; convenia, por mi parte, en que hay algunas que no valen gran cosa, pero que muchas son buenas y fieles. Respondióme que los ingleses dejaban tanta libertad á sus mujeres, porque no las conocían bien como los árabes las conocen.—No, no, insistía; no hay mujer buena; ni árabe, ni inglesa: ninguna puede ser buena: todas son malas.—Y despues elogió mucho la sabiduría y la prudencia de sus compatriotas que impiden á sus mujeres ver á otro hombre que al esposo. Respondíle riendo y comparando á sus compatriotas con los carceleros, ó con los animales, como, por ejemplo, el toro, que tan despóticamente reina entre las vacas de la ganadería. Nuestra conversacion tuvo por término que me invitara á visitar su haren, para probarme que podía ser tan liberal como un inglés. El capitán S... de la corbeta X, aceptó tambien la invitacion de ir á ofrecer sus respetos á las mujeres prisioneras del príncipe y á partir el pan con ellas.

La madre del príncipe, gruesa señora de cuarenta y cinco años, presentóse la primera en la sala donde nos encontrábamos con su hijo. Debía haber sido muy bella, y aún se notaban los restos de su hermosura. Nos dió un apretón de manos, se informó de nuestra salud, y por complacernos se sentó en una silla; pero fácilmente se notaba que hubiera preferido hacerlo sobre un tapiz. Preguntó al capitán si conocía al almirante Wyvil, que había mandado la estacion naval del Cabo. Años atrás un barco inglés naufragó en las costas de una isla donde ella habitaba, y esta excelente dama acogió en su casa á todas las mujeres que iban en el buque, tratándolas con mucha cortesía. El almirante le envió las gracias por escrito, y aún fué á dárselas de viva voz. Quería escribirle para manifestarle sus recuerdos, y el capitán le prometió que llegaría la carta á sus manos. Esto, al ménos, no demostraba la mala opinion que su hijo tenía de todas las mujeres.

Al poco tiempo levantaron una cortina roja que cerraba una puerta por delante de donde estábamos sentados, y apareció la primera mujer, admirablemente vestida. Adelantóse con menudos pasos y encantadora sonrisa, y nos presentó un pastelillo. Cada cual de nosotros tomó un pedazo, que la etiqueta nos obligaba á comer inmediatamente. Sus modales eran muy graciosos, su apostura y su conversacion como las de las inglesas, que reciben amigos de sus maridos y desean que estén con confianza en sus casas. Sus admirables ojos, grandes y negros como el azabache, atraían tanto la atencion que pasó algun tiempo ántes de que pudiéramos examinar su traje, en el que evidentemente había puesto particular cuidado. Llevaba á la cabeza un gorrito rojo, parecido á los de los rabinos

ó de algunos sacerdotes católicos: estrechaba su cuerpo, bajando hasta la cintura, una chaquetilla roja cubierta de bordados de oro, y entre la chaquetilla y la falda de muselina blanca de la India, sembrada de puntos bordados con seda roja, quedaba al descubierto la carne en el espacio de un dedo de ancho. El pantalón bajaba hasta los tobillos, adornados con gruesos anillos de plata: calzaba sus piés con babuchas amarillo-verdosas, con las puntas levantadas y bastante anchas para suponer que no tenía callos ni ojos de gallo: rodeaban su cuello muchas cadenas de oro y plata, y llevaba anillos, no sólo en la parte inferior de las orejas, sino colgando de agujerillos hechos alrededor de las mismas. Brazaletes de oro y plata de fabricacion india cubrían sus brazos, y en cada uno de sus dedos, incluso el pulgar, resplandecían sortijas con piedras preciosas. Sólo una mujer podría describir traje tan rico y gracioso, y por mi parte renuncié á ello. Lo único que podía censurársele, era llevar los cabellos cortados: han adoptado esta moda para que se sequen pronto despues del baño; pero da á la mujer un aspecto algo masculino, al ménos para nosotros los europeos.

Mientras hablábamos con la principal esposa del haren, entró la segunda, y repetimos la ceremonia del pastelillo: vestía con tanto lujo como la primera; tenía unos diez y ocho años; las formas eran admirables, y un poco más alta que su compañera. Sus cortos cabellos estaban humedecidos con aceite, y cuidadosamente peinados. Un bucle á cada lado de la cara y á la altura de las orejas le daba gracioso aspecto femenino. Hablaba poco; pero sus ojos, realmente admirables, parecían hablar; eran pardos y brillantes, y lo mismo que «los ojos de Jeanie Deans llenos de lágrimas, centelleaban como ámbar.» No os admireis porque os hable tanto de ojos; los he observado cuidadosamente desde que asistí á las conferencias de Mr. Hancock en el hospital de Charing Cross.

Entró despues otra mujer y partió con nosotros otro pastelillo. No tan bella como las dos anteriores; era hija del jefe principal de la region. Las tres tenían el cutis moreno. El príncipe nos dijo que sólo tenía tres esposas, aunque su rango le permitía doce.

«¡Oh! Si pudiéramos vernos tales y cómo nos ven, de cuántos errores y de cuántas ideas falsas nos desprenderíamos.»

Así dice el poeta escocés; pero hay diferencia en la manera de ver las gentes. Los ministros de la religion las ven del mejor modo. Cuando se espera su visita, colócase una Biblia ó un libro piadoso sobre la mesa, y todo revistió un aspecto sereno. Los abogados las ven de la peor manera, costándoles á veces gran trabajo impedir que sus clientes, irritados, se lancen irreflexivamente en multitud de pleitos. Los médicos, al contrario, ven las personas tal y conforme son: no se trata de disimular con ellos. Pues bien, algunos mi-

nutos ántes de la frase del príncipe relativamente á las doce mujeres, su madre acababa de suplicar á un médico probase á su hijo que el amor á tres mujeres le arruinaba.

Lo que precede es un paréntesis, y vuelvo á mi asunto. Pasado un momento entró una esclava negra, vestida como sus amas, pero ménos ricamente, y llevando una bandeja llena de copas con sorbetes. La primera esposa nos ofrecía flores y la nuez de betel, envuelta en hojas, que, por galantería, tuvimos que aceptar. La nuez de betel tiene gusto ligeramente amargo y astringente, y acaso se ha contraído el hábito de mascarla, como la nuez de kola en el África occidental, á guisa de tónico y de preservativo contra la fiebre. La primera esposa preparó algunas para sí y para sus compañeras, añadiéndoles cal; esta mezcla hace salivar mucho, y como la saliva es de color de ladrillo, teñía sus lindos dientes y sus labios, lo que por cierto no aumentaba su belleza; pero así es la moda, que allí exige escupir artísticamente saliva roja manchando todo el pavimento. La madre del príncipe no había mezclado cal á la nuez de betel y conservaba sus dientes blancos: preguntéle la razón de esta anomalía, y me contestó que había hecho una peregrinación á la Meca, y que por tanto era Hadjí.

Aquella escena ofrecía un cuadro á la vez singular y agradable. Las mujeres habían procurado complacernos y lo consiguieron por completo.

Salimos satisfechos de aquel estudio de la vida de haren; pero por falta de talento, ó de saber, ó por cualquiera otra causa, prefiero el sistema monógamo. Después de practicarlo durante unos diez y ocho años, no cambiaría el haren monógamo, poblado de joviales y bulliciosos niños, por todos los harenes polígamos de Africa ó del mundo. He procurado describiros esta escena bajo su punto de vista más brillante, porque el haren es la suprema felicidad de los árabes mestizos, y por procurárselo cometen todas las atrocidades que acompañan al comercio de esclavos. Añadiré, aunque esto no forme parte de mi visita al haren, que pasado algun tiempo el príncipe se refugió en nuestro buque á fin de que le protegieramos contra sus acreedores: le había engañado un titulado coronel Aboo, que recorre el mundo diciéndose cristiano perseguido, y que tiene el mismo cristianismo que un guardacanton.

## II.

A unas ochenta millas al Sudoeste de la extremidad meridional del lago Tanganyika, se encuentra la aldea fortificada del jefe Chitimbwa. Mientras estaba en la estremidad meridional del lago había estallado la guerra entre un partido de árabes, que contaba seiscientos fusiles, y el jefe del distrito situado al Oeste de Chitimbwa. Al saber los árabes que había un inglés en el país, preguntaron naturalmente dónde

estaba, y los indígenas, temiendo que me sucediera alguna cosa, negaron positivamente haberme visto, y me aconsejaron con insistencia que me refugiase en una isla habitada; pero como callaban la razón del consejo, sospeché que querían tenerme prisionero, lo que hubieran podido hacer fácilmente apartando las canoas, porque la isla se encuentra á más de una milla de la costa. Contáronme después lo que habían hecho para engañar á los árabes y apartar todo peligro de mi persona. El lago termina en una profunda cabidad en forma de copa, cuyos lados perpendiculares se elevan en algunos sitios á 2.000 piés sobre el nivel del agua. En las rocas, de pizarra arcillosa roja, brota por distintos puntos frondosa vegetación, y desde lo alto del precipicio caen magníficas cascadas. Este paisaje es admirable. Rebaños de elefantes, búfalos y antílopes animan la escena, y las aldeas fortificadas, ocultas á la orilla del agua entre bosques de palmeras, acaban de realizar el paraíso de Jenofonte.

Preparábame á abandonar la aldea de Mbette ó Pambete, situada á orillas del lago, y á trepar por el escarpado sendero que nos había conducido á ella, cuando la mujer del jefe se adelantó y dijo á su marido y á la multitud que nos miraba hacer los preparativos de partida: «¿Por qué dejais marchar á este hombre? Bien sabeis que caerá en manos de los Mazitu y callais.» Me informé entonces, y parecióme cierto que estos merodeadores robaban en aquel momento las aldeas situadas en la altura del precipicio, en cuyo fondo nos encontrábamos. Esperamos seis días, durante los cuales los aldeanos estuvieron haciendo guardia sobre un nido de hormigas, situado fuera de las fortificaciones de la aldea, aguardando á cada momento ver aparecer al enemigo. Cuando llegamos á la meseta donde reconocimos las huellas de los Mazitu, iban en camino recto al través del país, sin apartarse á derecha ni á izquierda, y sin preocuparse en seguir los senderos trazados por los indígenas; también pudimos ver los rastros de su pillaje; pero no se había vertido sangre. Reconocimos entonces que las noticias de la buena mujer eran completamente ciertas.

Desde allí, rodeando la extremidad del lago, llegué á la aldea de Karambo, situada en la confluencia de un gran río, que los jefes no me dejaron atravesar, porque, según decían, los árabes se estaban batiendo con el pueblo que vive al Occidente, habiendo ya dos muertos, aunque no iban en busca de marfil. «Si vais al Oeste del lago, añadan, el pueblo puede suponer que sois árabe, y no queremos dejaros correr ese riesgo.» No convenciéndome estos argumentos, hice algunas observaciones; Karambo pasó el dedo por la garganta, y añadió: «Os autorizo á cortarme el cuello si alguna vez sabeis que he mentado.» Aquel mismo día llegaron á la aldea dos esclavos árabes en busca de marfil, y me confirmaron cuanto me había dicho Karambo.

Había sufrido mucho de la fiebre, y sufría aún; no tenía medicamentos, y atribuía á la irritación producida por la enfermedad la absurda desconfianza que me hizo dudar tres veces de las intenciones de aquellos hombres, quienes, en último caso, sólo deseaban servirme. Esta misma causa es acaso la que impide á gran número de viajeros modernos tener una palabra benévola para los indígenas; y, siendo cierto que los salvajes rara vez engañan cuando se apela á su honor, es injusto afectar tanto desdén hácia ellos. Los viajeros modernos nos presentamos con aire de infinita superioridad, y sin embargo, á cada paso nuestra grande y noble elevación se traduce con innobles engaños.

No pudiendo ir hácia el Norte me dirigí al Sur, caminando unos 241 kilómetros; después volví al Oeste, y tuve intento de marchar en esta dirección hasta pasar la región agitada para tomar en seguida la dirección del Norte; pero, después de andar 96 kilómetros al Oeste, supe que el campamento árabe estaba á 32 kilómetros al Sur, y me acerqué á él para saber noticias. Recibíéronme admirablemente, porque aquella tropa componíase en gran parte de personas que ya había conocido en Zanzivar; hombres muy distintos de los asesinos que debía ver más tarde en Manyema. Los árabes sospechaban que el jefe con quien estaban en guerra hubiese huido hácia el Sur, y temían que, caminando en esta dirección, cayera en sus manos. Había mejorado algo mi salud, y creí lo que me decían; ellos proyectaban hacer grandes compras de marfil, y por su parte también me creyeron cuando les dije que no lo conseguirían fácilmente si continuaban las hostilidades. Nadie, en efecto, piensa en vender mientras tiene probabilidades de ser recibido á tiros. Era indispensable ajustar la paz; pero como en los preliminares, *la mezcla de la sangre*, el casamiento con la hija de un jefe, etc., ocupan tres meses y medio, pasé este largo tiempo en casa de Chitimbwa.

La empalizada de la aldea de Chitimbwa está situada á orillas de un arroyo, habiendo por uno de los lados, y alrededor de un manantial, espeso bosque de elevados árboles, y del otro una llanura bastante bien cultivada. El clima es frío, pues el país se encuentra á unos 4.700 piés de altura (1.410 metros) sobre el nivel del mar; hay muchos bosques, y de vez en cuando se ven cadenas de colinas. Los árabes habían establecido su campamento al Oeste de la empalizada; una de las esposas de Chitimbwa me cedió su habitación. Chitimbwa es un anciano de barba y cabellos grises y de buen carácter. Tenía cinco esposas, y siendo la choza que yo habitaba una de las que formaban círculos alrededor del patio central de su morada, al sentarme á la puerta para leer ó escribir, tenía ocasión de estudiar la vida doméstica en el África central, sin que pareciera que espiaba á la familia de mi huésped.

La esposa principal, madre del heredero del Chitimbwa, era de alguna edad, aunque no vieja, y mandaba como ama en la casa; las otras cuatro eran jóvenes, de bellas formas y de un aspecto muy agradable, sin que en nada se parecieran al tipo africano de la costa occidental; tres tenían cada una un hijo; de modo que, con el heredero ó hijo mayor, formaban cuatro. La primera esposa demostraba el mayor respeto al marido, porque al verle acercarse se separaba para dejarle el paso libre, arrodillándose mientras pasaba. Ocupábanse en aquella época del año en sembrar y escardar, y el trabajo cotidiano de casi todas las familias de la aldea se arreglaba del siguiente modo.

Entre las tres y las cuatro de la mañana, cuando los aullidos de las hienas y los rugidos de los leones y de los leopardos indicaban que habían pasado la noche en ayunas, oíanse los primeros ruidos humanos producidos por las mujeres que sacudían la extremidad de los palos, cubierta de cenizas durante la noche, y que encendían chispeante fuego, alrededor del cual se agrupaban viejos y jóvenes, por ser la hora de mayor frío. Algun fumador de psangé encendía la pipa y atronaba la choza con ruidosa y desagradable tos. A las cuatro de la mañana empiezan á cantar los gallos y á llamarse unas á otras las mujeres para ponerse en camino. Se van, formando grupos, á sus huertas, y cuidando de hablar mucho y en voz alta con el fin de espantar á los leones y á los búfalos que no hayan vuelto á sus guaridas. Los indígenas están persuadidos de que el sonido de la voz humana produce infaliblemente este resultado.

Las huertas ó plantaciones encuéntrase ordinariamente á unas dos millas de distancia de la aldea, para evitar los destrozos que en los plantíos producen las cabras y los animales domésticos, y también porque con frecuencia se encuentran á orillas de los arroyos excelentes tierras negras que los indígenas prefieren para cultivar el maíz y el *horcus sorghum*, mientras que para una especie de maíz pequeño, llamado *mi-leza*, escogen ordinariamente un pedazo de terreno de bosque, que se abona quemando sobre el suelo las ramas de los árboles. A causa del camino que tienen que andar las mujeres, llegan á las puertas al amanecer. Llevan fuego, y empiezan por coger ramas de árboles y encender una hoguera, sobre la cual ponen una marmita conteniendo una especie de habas, legumbre que necesita coger largo tiempo, y toda la familia empieza el trabajo del día con verdadera satisfacción. El marido, que precede al escuadrón de mujeres con la lanza en la mano y un hacha pequeña al hombro, empieza á cortar todos los retoños que crecen junto á los árboles, dejados al tiempo de roturar el terreno, y también tiene á su cargo destruir los bosquecillos de arbustos. Después, corta ramas para hacer vallados alrededor de los plantíos, porque se ha

observado que muy pocos animales salvajes se atreven á saltar por encima de lo que tiene evidentes huellas de la mano del hombre.

Teniendo particular afición los cerdos á los cacahuetes (*Arachis hypogæa*), es preciso rodear estas plantaciones con numerosos hoyos, ó con un foso profundo, ó con un muro de tierra. Si algun otro animal va á alimentarse á costa de la familia, el marido examina cuidadosamente la pista del invasor, hace un profundo agujero y lo cubre con ramas de árboles, yendo diariamente á ver si ha caído en la trampa. Las mujeres, por su parte, manejan vigorosamente la azada, añadiendo de continuo á sus huertas nuevas parcelas de tierra virgen; los hijos le ayudan arrancando las yerbas, que reúnen en montones para que se sequen, ántes de ser quemadas. Los indígenas conocen bien al parecer todas las plantas que se crían en aquellos campos, y apropiándose cuantas tierras pueden cultivar: cuanto más cultivan, mayores son sus medios de subsistencia y sus ahorros.

En algunos puntos de Africa el trabajo lo desempeñan exclusivamente las mujeres, y se dice que los hombres son para ellas feroces. Por regla general, en el centro de Africa no sucede tal cosa, y puedo añadir que las mujeres tienen la mayor parte de autoridad en la familia. La ley y la costumbre obligan á los hombres á hacer las roturaciones; pero toda la familia toma parte en las demas operaciones agrícolas. Las jóvenes, mientras sus madres están en el campo, cuidan de los niños de pecho, y para ello se las coloca en una especie de garitas construidas sobre postes á 12 ó 14 piés de altura; garitas en que habita toda la familia cuando el maíz comienza á madurar, para espantar los pájaros durante el dia, y los antílopes por la noche. A cosa de las once del dia el calor es tan fuerte, que no puede continuarse el trabajo. Toda la familia se reúne entonces á la sombra de la garita ó de uno de los árboles dejados en pié con este objeto. La madre distribuye entonces el guiso, que ya está cocido, echando una porcion de él en cada par de manos, porque se considera impolítico recibirlo con una sola mano. Todos comen con mucho apetito, y con tanto placer, que es costumbre servirse de la mano en vez de usar la cuchara. La madre tiene al niño de pecho mientras come su racion.

El niño es el favorito de todos. No se le deja ver sino cuando está trasformado en verdadera bola de grasa; para adornarle, todos se privan gustosos de las cuentas de vidrio que adquieren. Cuando las pobres madres no tienen leche, mezclan un poco de harina y agua en el hueco de la mano y se la dan al pequeño. Los niños se crían admirablemente en el Africa central, acaso por la pureza del aire y por la bondad del clima; yo he notado que mis propios hijos gozaban excelente salud. Terminada la comida, la madre, acompañada casi siempre de su hija, va al

bosque para recoger ramas secas. Entonces lleva al niño á la espalda atado de manera que explica la inmensa cantidad de narices chatas que se ven en Africa. Con el haz de leña sobre la cabeza, y acompañada de sus hijos que llevan la azada, se dirige despues á la aldea.

Cada mujer tiene un granero particular, en el cual reúne los productos de su huerta. Estos graneros, como las chozas, tienen forma de colmenas, y sus paredes una altura de 12 á 13 piés, apoyándose en una plataforma elevada unos 18 piés sobre el nivel del suelo. Su diámetro es de cinco piés, y el techo está cubierto con yerbas. La puerta se encuentra cerca del techo, y es preciso una escalera para llegar á ella. La primera operacion que hace la mujer, al llegar á la choza, es ir al granero y tomar de él lo que necesita para la familia; despues extiende el grano al sol, y mientras se seca descansa algunos momentos, pues desde por la mañana ha trabajado constantemente. Algunas peinan á sus maridos ó á sus vecinas, y otras enfilan perlas. Hubiera deseado verlas algo más indolentes, pues la negra tendida debajo de su palmera es tan agradable como la mujer blanca recostada en su diván; pero les gusta el trabajo. En cambio los hijos gozan de la vida como todos los seres humanos debieran gozar, y sus padres no agotan la sávia vital de los pobres muchachos, como lo hacen en Inglaterra los fabricantes de vidrio, de ladrillo, etc. En las épocas del año que no es tan necesario el trabajo del campo por estar recogida la cosecha, viven ménos ocupados y se alegran con su cerveza indígena llamada *pombe*; pero estos pueblos libres, habitantes de un país libre, y bajo el imperio de leyes paternales, en ningun caso se parecen á lo que son los pueblos esclavos. Cuando el grano está seco se la tritura en un gran mortero de madera para quitarle la capa ó gluma que separan con la mano, y dando al mortero un movimiento á la vez vertical y horizontal, tan difícil de describir como de ejecutar, se le quita todo el polvo: entonces se muele el grano entre dos piedras, y preparada así la harina, ya entrada la tarde, las mujeres van á buscar agua, llevando un gran cántaro en que caben de 40 á 50 litros, y que, lleno en el arroyo, lo colocan sobre su cabeza y vuelven á la choza sin necesidad de sostenerlo con las manos. Los indígenas rara vez comen carne. Cuecen la harina en forma de sémola ó papillas, dándole un sabor especial con las hojas de ciertas plantas salvajes ó cultivadas, y á veces les mezclan con cacahuets reducidos á harina. Los negros comprenden la necesidad de corregir su alimentacion demasiado farinácea con sustancias aceitosas, como las contenidas en los cacahuets; otros mezclan con el maíz un puñado de granos de palma de Cristo, y todo junto lo convierten en harina. Durante todos estos preparativos, los hombres se ocupan en hacer las

esteras que les sirven de lecho, en preparar las pieles para sus vestidos, en reemplazar los mangos de las azadas ó en construir cazuelas de madera. Al oscurecer vuelven al lado de sus familias para asistir á la principal comida del día, ántes de acostarse.

Los negros saben bien la agricultura, y escogen con habilidad los terrenos propios para tal ó cual cultivo. Al presenciar el Obispo Mackensie sus operaciones agrícolas, me dijo: «Cuando Estaba en Inglaterra é iba de *meeting* en *meeting* hablando de nuestra misión, aseguraba siempre que tenía el intento de enseñar agricultura á los africanos; pero veo que la conocen mejor que yo.» Uno de los misioneros que le acompañaban, queriendo ser útil á los salvajes que iba á evangelizar, ántes de salir de Inglaterra tomó algunas lecciones de un cestero; pero las admirables muestras de esta industria que por todos lados veía, le hicieron comprender que lo mejor que podía hacer era no hablar de su pretendida habilidad en este punto, muy inferior á la de los indígenas.

Acabo de pintaros en términos tan sencillos como verdaderos la vida cotidiana de las poblaciones de Africa. Esta narracion representa tan exactamente las costumbres de una aldea africana, como la que precede la vida en el haren árabe. Los viajeros presentan á los pobladores de otras regiones bajo peor aspecto. Las tribus que viven cerca de la costa oriental, y que con frecuencia reciben las visitas de los comerciantes de esclavos árabes, dicese que están en perpetua guerra: los hombres sólo piensan en robar, y las mujeres no cultivan tierra bastante para procurarse el alimento necesario durante el año. A esto conduce la trata de esclavos. El capitán Speke ha visto en Uganda un estado de salvajismo y de brutalidad, que yo no he encontrado en ninguna parte. Las tribus que yo he visto no hubieran consentido las horribles matanzas del jefe Metza ó Metsa. En cualquier otro país que no fuera Uganda, el asesinato de las hijas de los principales jefes hubiera ocasionado inmediatamente el asesinato del rey. No tengo motivo alguno para suponer que Speke se haya engañado en cuanto al número de mujeres conducidas al suplicio, aunque encontré aquí 200 súbditos de Baganza-Metza, y los más inteligentes me han afirmado que no se tenía el intento de matarles, y que sólo se les había condenado á los trabajos del campo. Grant ha visto además una de esas mujeres con la azada al hombro, lo cual parece confirmar los informes que he adquirido sobre este asunto. Por lo demás, las explicaciones de la gente de Metza significan poco ante las explicaciones de Speke y Grant, porque estas gentes comprenden hoy que las naciones civilizadas detestan el asesinato, y desean naturalmente echar, como suele decirse, tierra al asunto.

En caso parecido, todas las demás tribus de Africa central tienen un recurso: la desercion; el tirano

queda impotente porque todos los habitantes se van con la mayor tranquilidad á ponerse á las órdenes de otros jefes, sin acordarse de volver á sus antiguas tierras. Mucho tuvieron que sufrir las tribus sometidas por los makololo, pero no ocurrió nada parecido á las terribles exterminaciones ordenadas por Metza; y sin embargo, la mayor parte de la poblacion emigró hácia el Norte, y muchos enviados á Zette se negaron á volver á sus aldeas, haciendo lo mismo 17 individuos que me acompañaron hasta Shire para adquirir medicamentos que necesitaba el jefe. Cuando éste murió, dispersóse la tribu. Parece Metza una especie de loco que no ha sido bien castigado. Los 200 súbditos suyos que he encontrado aquí, donde permanecian durante muchos meses, se han acostumbrado muy bien al país, y sin embargo no quieren quedarse en él. Mucho me sorprende este apresuramiento por ir á ponerse bajo la fécula del feroz soberano.

La experiencia que he adquirido en el Africa central me autoriza á decir que los negros que no han estado en contacto con los comerciantes de esclavos son muy amables y tienen muy buen sentido. Algunos cometen actos muy reprobables, sin atribuirles grande importancia, pero en cambio otros ejecutan excelentes acciones, sin enorgullecerse por ello. Si se contaran sus acciones buenas y malas, podría decirse que allí, como en Europa, hay hombres muy buenos y hombres perversos, en vez de emplear la frase estereotipada de que los africanos presentan curiosa mezcla de bondad y de maldad. Tienen una cualidad muy notable, la de la honradez; cualidad que se advierte hasta en los caníbales Manyema, y recuerdo que en Bambarre un tratante de esclavos y yo tuvimos que confiar nuestras cabras y nuestras gallinas á los Manyema, porque los esclavos de nuestros compañeros de residencia las robaban continuamente.

Otro rasgo de su carácter es la confianza. Las tribus del Africa central son bajo este punto de vista lo contrario que los indios de la América del Norte. En nada se parecen á sus compatriotas que se han encontrado en contacto con los mahometanos, los portugueses ó los holandeses. Si estos indígenas reconocen pronto la superioridad de los extranjeros para hacer daño, en cambio están siempre dispuestos á aceptar y seguir un buen consejo. Despues de la cruel matanza de Nyañgwe que, por desgracia mia, tuve que presenciar, 14 jefes, cuyas aldeas habían sido destruidas, y de cuyos súbditos muchos habían sido muertos, se pusieron bajo mi proteccion, pidieronme que firmara la paz con los árabes, y que me trasladara con ellos á la orilla opuesta del rio Lualaba para repartirles el territorio, indicarles dónde debian construir las nuevas aldeas, y formar nuevas plantaciones. Pronto se ajustó la paz, pues los árabes no tenían excusa por los asesinatos cometidos, y cada cual echaba

la responsabilidad á su vecino. Ambos partidos me suplicaron que asistiera á las ceremonias hechas en honor del restablecimiento de la paz; y de no conocer la natural confianza de los africanos, hubiese creído que ejercía una influencia personal considerable; sin embargo, lo único que me recomendaba era mi moderación y mis buenas relaciones con ellos. Acaso supieran también que había hecho lo posible por mejorar la suerte de los esclavos en Zanzivar.

### III.

Los Manyema comprenden perfectamente que no hay moralidad de ninguna clase en la religión árabe, y puedo asegurar que esta inmoralidad es lo que siempre ha impedido que el mahometismo penetre en el Africa oriental. Es muy sensible que nuestro excelente Obispo de Africa central, aunque consagrado en la abadía de Westminster, haya preferido, fiándose de la opinión de un coronel, permanecer en Zanzivar en vez de ir á su diócesis, donde de seguro hubiera podido aprovechar grandemente la instintiva confianza de las tribus para propagar la fe cristiana. Los misioneros católicos que últimamente fueron de Inglaterra al Maryland para convertir á los negros, hubieran podido también, sin duda alguna, atrincherarse detrás de la opinión de media docena de coroneles, y permanecer en Nueva-York ó en Londres; pero á nadie pidieron parecer, y en todo caso, como tienen sangre irlandesa en las venas, hubiesen respondido: «Mezclaos en vuestros asuntos; haced la guerra si tenéis necesidad de ello, pero dejadnos cumplir nuestro deber.»

El venerable Obispo de Baltimore dijo á aquellos excelentes sacerdotes que sufrirían fiebres; pero no añadió que huyeran cuando se sintiesen con calentura. Los misioneros de Zanzivar, al contrario, cuando tienen fiebre van á hacer un viajecito de recreo á las islas Sechelles á bordo de un buque de guerra. Natural es que cuiden de su salud; pero como Zanzivar es el punto ménos saludable de la costa continental africana, al poner el gobierno inglés un buque de guerra á disposición de estos buenos misioneros para ayudarles en sus misiones, sólo consigue que no las realicen.

Hace ocho años que los cristianos caritativos dan su dinero para evangelizar el Africa central, y esta diócesis está ocupada por el diablo. Lo digo con pena, pero me parece que los misioneros que se contentan con observar sus diócesis con telescopio, deberían hacer algo más útil.

Hacia 1868 había doce congregaciones de cristianos indígenas en la capital de Madagascar, producto del trabajo de misioneros independientes durante cincuenta años. Los suplicios más crueles y las más espantosas torturas no quebrantaban la fe de los cristianos malgachos. Los primeros misioneros tuvie-

ron que abandonar la isla, pero los convertidos poseían Biblias impresas en su idioma, y continuaban reuniéndose en secreto para rogar á Dios, á riesgo de muerte segura si eran descubiertos. Un cambio de gobierno permitió á los misioneros volver á su puesto, y posteriormente las gestiones de la reina Victoria consiguieron del sucesor de la vieja reina de Madagascar la libertad del culto cristiano: la sociedad protestante para la propagación de la fe envió inmediatamente misioneros á Tamatava, puerto principal de la isla donde hay miles de paganos, y al verles partir, el enérgico Obispo de Buena-Esperanza los recomendó que no se ocuparan de las iglesias ya fundadas; pero apenas desembarcaron aquellos hombres celosos pidieron inmediatamente á Londres que se les enviara á la capital de la isla.

Estoy persuadido, aunque parezca falta de caridad de mi parte, que de haber una docena de iglesias indígenas ya establecidas en Ounyauyembe, Oujiji ó en las orillas del Tanganyika, hace ocho años que el Obispo de África central se hubiera trasladado inmediatamente á su diócesis, á despecho de la opinión de todos los coroneles del mundo.

No quiere decir esto que los directores de la misión de que ántes he hablado faltaron á la caridad cristiana, apropiándose los trabajos de sus antecesores, cuando había millones de paganos por convertir. Esto proviene de la falta de buena inteligencia. Hace algunos años ocurrió un hecho parecido en Honolulu. El venerable apóstol de los malgachos, Mr. Ellis, trabajaba allí desde principios del siglo; llegaron misioneros presbiterianos de norte América buscando teatro para sus conversiones, y Mr. Ellis les abandonó inmediatamente su casa, su escuela, su iglesia, la imprenta que había fundado, y se trasladó á otro país. Los americanos han trabajado con celo y éxito en Owyhee, como le llamaba el capitán Cook, y gracias á ellos, la educación de la fe cristiana se ha extendido en todo el grupo de las islas Sandwich. Pero se advirtió últimamente que los indígenas necesitaban un Obispo de la secta episcopal: enviósele uno muy poco político, que sin preocuparse de los misioneros americanos, cuyo éxito había demostrado el verdadero espíritu apostólico, recorrió Honolulu con un gran sombrero de papel en la cabeza, declarando que el recién venido era el único Obispo: convendría que los misioneros, y sobre todo los Obispos misioneros, estuvieran mejor educados.

Acaso no debiera decirlo; pero es lo cierto que mientras estaba en Ounyanyembe forzosamente inactivo esperando los hombres que Mr. Stanley debía enviar desde la costa, es decir, durante dos largos meses, porque hay una distancia de 300 millas (800 kilómetros) pensaba que tenía todo el Africa central á mi espalda, y preguntábame la causa de que no apareciera ningún misionero en el horizonte, cuando

la iglesia de Inglaterra y las universidades inglesas habían provisto á la evangelizacion de aquel territorio. Los excelentes Obispos de la Iglesia anglicana, que tanto interes demuestran por las misiones del Africa central, sentirán seguramente que el resultado de todos sus esfuerzos haya sido tan sólo la creacion de una plaza de capellan para el consulado de Zanzivar, y se alegrarán cuando sepan que los misioneros se trasladan al Africa central, único teatro digno de sus trabajos.

Si tuviese autoridad bastante para dirigirme á los que titubean en venir, les diría. «Acudid, hermanos; os admirará encontraros tan bravos el dia en que venáis. Los verdaderos paganos que os esperan tienen muchos defectos, pero tambien muchas cualidades que estimareis.»

Ni los árabes ni yo hemos visto á las madres vender á sus hijos, aunque un viajero pretenda que esta costumbre es general, para referir una novela que había imaginado. El viajero vió vender un hijo por supersticion, es decir, un niño que tuvo la desgracia de que le salieran los dientes de la mandíbula superior ántes que los de la inferior; se cree que si los niños á quienes esto sucede permanecen en el seno de la familia, ocurrirán á ésta grandes desgracias. Juzgar á un pueblo por un hecho aislado equivale á lo que hacía el francés, que habiendo visto á un inglés ahorcarse en Noviembre se apresuró á publicar que el suicidio era general en Inglaterra en el mes de Noviembre, durante el cual los árboles á orillas de los caminos estaban llenos de ahorcados. Tambien hay niños expósitos en Inglaterra, y no puede decirse por ello que las inglesas sean madres desnaturalizadas.

Comprendo las grandes dificultades para establecer misiones en países desconocidos. La cintura de bosques que rodea la isla de Madagascar ha causado la muerte de numerosos trabajadores por la fe, ántes de que pudieran llegar á las altas tierras del interior, por no saber que hay estaciones en que se pueden atravesar estos bosques sin peligro. La sociedad de misioneros de Lóndres ha vencido, á fuerza de energia, este obstáculo obteniendo grande éxito.

En Africa pudiera empezarse por las tribus que viven cerca de la costa sin temor alguno, á lo ménos respecto á vituallas, por estar en comunicacion constante con Europa; pero todas las tribus que han estado en contacto con los árabes y los portugueses, y que han sufrido la esclavitud y el resultado de las querellas religiosas de estas gentes que se llaman civilizadas no miran bien á los extranjeros, y la vida de un hombre no bastaría para desarraigar todos los vicios y todas las preocupaciones engendradas por esta pretendida civilizacion.

Para civilizar el continente africano es preciso empezar por el interior, y los misioneros que acometen

esta empresa deben tener en cierto grado el ánimo y el valor de Robinson Crusoe. He visto hombres que ántes de abandonar su patria estaban dispuestos á sacrificarlo todo, hasta su vida, al servicio del Evangelio, y que despues se creen sumidos en la miseria más atroz porque les falta azúcar para el té. Los chicleos que al leer las novelas de niños abandonados del capitán Mayne Reid quisieran verse en el caso de éstos, son los que tienen verdadero espíritu de misioneros.

Speke habla con verdadero entusiasmo de la organizacion de las misiones cristianas en el país que él ha atravesado, como Karagwe, gobernado por Rumanika (á quien llama Rumanika), jefe bondadoso é inteligente, y Buganda, que los árabes llaman Ouganda, país de poblacion compacta y amable que se encuentra á las órdenes de Metza, hombre vano y cruel, y que sin embargo fué muy atento para Speke. Metza ha sido el primer jefe á quien los árabes han intentado convertir á su religion en el Africa Oriental. Ghamees-bin-Abdullah, excelente hombre, que ha sido muerto aquí hace poco, había enseñado á Metza á leer el Suaheli en caracteres árabes. Su discípulo le dió en recompensa unos 300 jóvenes esclavos y una cantidad considerable de marfil. Ghamees era un árabe de Mascata, y como casi todos los hombres de su clase, bravo, honrado y verdaderamente benévolo.

Las madres de los árabes nacidos en el continente son ordinariamente esclavas; por ello estos árabes no tienen, por regla general, ni honor, ni probidad, ni celo. Infatigables merodeadores, como los Boers holandeses del Africa meridional, son muy bravos, á condicion de que los indígenas no posean armas de fuego. La conversion al mahometismo se reduce á lo siguiente: enseñan á los esclavos algunas oraciones del Koran en lengua árabe para que puedan matar los animales, á fin de que sus amos puedan comer la carne sin temor de mancharse. Despues se les pone una larga túnica de indiana y un gorro de algodón; este es el método para obtener un buen musulman con poco trabajo; pero conviene decir que los conversos, parecidos á mujeres gruesas en camisa, llegan á ser tan embusteros y cobardes como sus amos. Cuando no hay peligro, es difícil saber quién huirá más pronto, el amo ó el esclavo, y cuidan de llevar siempre la túnica levantada para poder correr más rápidamente. El pobre Ghamees-bin-Abdullah lo supo á costa suya, pues aunque llevaba 80 hombres armados, ningun esclavo pensó en defender á su amo.

#### IV.

Antes de daros algunos detalles acerca de la alta llanura interior, permitidme añadir que los árabes habían aconsejado á Speke adoptar el traje femenino de que he hecho mencion; pero como valiente que

era se negó á vestirlo. El doctor Roscher, por el contrario, lo adoptó, y esto contribuyó indirectamente á que perdiera la vida. Vestido de árabe y afeitada la cabeza cual ellos la llevan, ningun indígena le reconocía como europeo. Su guía árabe le presentó á Mataka, jefe de los Waiyau, como un pobre árabe. Yo había ido al mismo tiempo que una caravana de negociantes árabes á la extremidad inferior del lago Nyassa, y cuando llegaron á la aldea de Mataka dijeron al doctor Roscher que habían encontrado un esclavo blanco.

Esto ocurría dos meses ántes de que el doctor Roscher llegara á las orillas del lago que yo había descubierto. Si los árabes que le acompañaban sabían que era europeo no lo dijeron sino largo tiempo despues á Mataka. Más tarde recorrí el camino que había andado Roscher. La multitud corría por todas partes á mi encuentro para conocerme, y todos declaraban no haber visto jamás un hombre blanco. Mataka mismo lo afirmaba. El árabe que servía de guía á Roscher volvió á Zanzivar despues de la muerte de su amo, y el sultan le envió inmediatamente al interior para exigir justicia contra los asesinos, y cuando así lo manifestó á Mataka, contestóle éste: «¿A qué conduce matar á un hombre por el asesinato de un pobre diablo de árabe?» El guía opinaba lo mismo. Los asesinos creyeron que podían apoderarse tranquilamente de los vestidos de Roscher y que nadie se cuidaría de él. De viajar el pobre doctor Roscher como europeo, el nombre inglés le hubiera protegido en todo el país, y acaso viviría aún.

Con frecuencia me preocupaba su suerte y preguntaba á los indígenas, que siempre recuerdan donde han visto un hombre blanco; pero no tenía esperanza de descubrir el punto por donde había llegado al lago. Nusseewa, sitio mencionado en el despacho del coronel Rigby, fiándose de las declaraciones de los servidores del doctor Roscher, era completamente desconocido; pero al fin descubri esta palabra en el nombre del rio Losefa, que vierte sus aguas en el lago, casi enfrente de Kotakota ó Nkotakota, cuya posición está determinada en la ribera occidental. Los indígenas de Mataka no pueden pronunciar la letra *f*. En su boca Losefa se convierte en Losewa. Los árabes hacen dura la pronunciación de todos los nombres, y Losefa viene á ser entre ellos Nusseewa ó Rusewa: los goaneses habían así llegado á pronunciar Nusseewa. El jefe de aquel paraje era muy benévolo para su huésped Roscher, y cuando murió éste dió asilo á sus sirvientes y ayudó despues al guía árabe á apoderarse de los asesinos y conducirlos á Zanzivar. No fui á Losefa, aunque el sendero desde Mataka conducía á aquel sitio, porque las gentes de Mataka habían hecho recientemente una razia, sin decirlo á su jefe. Este, cuando lo supo, envió á su casa á los prisioneros con los ganados. Le alabé el acto de justicia, y volvién-

dose triunfalmente hácia sus gentes furiosas por haber perdido el fruto de sus rapiñas: «Veis, les dijo, hasta este hombre blanco aprueba mi determinación.»

Toda la planicie situada á 3.500 ó 4.000 piés sobre el nivel del mar es comparativamente fria. La temperatura mínima durante la estación seca correspondiente á nuestro invierno, varía entre 12°,2 centígrados y 16°,6 y la máxima es de 23°,3 centígrados. Esta temperatura tan poco elevada no es, sin embargo, una inmunidad completa contra la fiebre. Dicha enfermedad reemplaza aquí á nuestros reumas y nuestras tisis; pero no es de resultados tan fatales para quien ni es perezoso, ni está obligado á tener vida sedentaria. La superficie es ondulada asemejando inmensas olas solidificadas; las crestas de las olas son colinas poco elevadas cubiertas de árboles y arbustos. Por distintos puntos aparecen redondeadas masas de granito gris claro, que es en general la roca del país. En las partes bajas se encuentran numerosos manantiales; la yerba es corta y excelente para los animales, que abundan mucho. Las yerbas que en las tierras bajas y calientes llegan á una altura de cinco ó seis piés, tienen aquí uno ó dos piés. Se cultiva con facilidad el trigo y el arroz, y bastan tres meses para que maduren completamente.

Atendiendo á lo que dicen los indígenas respecto á las estaciones favorables para la agricultura, los misioneros, al poco tiempo de vivir en estas tierras, no necesitarían recursos de Europa. El café crece en estado salvaje en Karagew: los Manyema lo cultivan. La caña de azúcar se cultiva por todas partes. Cuando tuve que detenerme entre aquellos pueblos caníbales, no pudiendo caminar á causa de las úlceras que tenía en los piés, machacaba caña de azúcar en el mortero de madera de que se sirven los negros, y despues extraía el jugo apretando los pedazos con las manos. Este jugo, cocido hasta tomar el espesor de la almíbar, reemplazaba bastante bien el azúcar; pero, á falta de cal para corregir la acidez latente, se conservaba poco tiempo. Me procuraba cebollas y rábanos en abundancia. Los árabes cultivan el naranjo, el limonero, el granado, las cebollas, las sandías, el guayabo, el manga, el papayer, la carga, y empiezan ya á cultivar la viña. Creo que todas las legumbres de Europa se darían aquí admirablemente si se aprovechara con cuidado la estación para las semillas y las llevaran en cajas de hoja de lata para que no estuvieran en contacto con el aire.

Los viajeros deben rechazar todos los aparatos inventados para su comodidad por pesados, engorrosos é innecesarios para quien sabe servirse de sus ojos y de sus oídos. Los únicos objetos necesarios para un misionero son algunos útiles ligeros, algunos libros, vestidos, jabon y zapatos. Cuatro vestidos de paño gris me han bastado durante cinco años, y los hubiera po-

dido llevar mucho más tiempo, porque he visto á los árabes que los habían comprado á mis criados usarlos mucho despues de desechados por mí. Un hombre enérgico, amante del trabajo, podría rodearse en seguida de todas las comodidades á poca costa, y pronto comprendería que si abandonaba su patria era para realizar una noble empresa. Bajo cierto punto de vista, los males que desolan el África son insuperables. Cuando visité á los makololo y otros pueblos del interior, creí que se podría regenerar el Africa, y hacer entre los makololo más que San Patricio ha hecho en Irlanda; pero ignoraba entónces que me rodeaban por todas partes los portugueses, y el comercio de esclavos que mantienen, y que parece ser verdadera maldición del cielo, oponiendo infranqueable barrera á todos los progresos. Hoy no tengo tanta esperanza; ignoro cómo se trocará el mal en bien; pero estoy seguro de que así sucederá en último caso por la confianza que me inspira la infinita sabiduría del Soberano de todas las cosas.

Un paquete de números del *New York Herald* que acabo de recibir, me hace ver las cosas con colores ménos sombríos. El desarrollo del comercio une con nuevos lazos á los pueblos que geográficamente están más alejados, y el paganismo sólo crece con el aislamiento. Entre los Manyema el paganismo aleja á los habitantes unos de otros, y sólo se encuentran como nuestros antepasados para batirse. El jefe de una aldea, compuesta de media docena de chozas, se pasea alrededor de sus plantaciones con un palo en la mano, que tiene en ambas extremidades dos amuletos, y regocijándose al oír que le llaman *Mologhme*, jefe ó ciudadano libre y soberano, su único deseo consiste en el exterminio de los demas jefes vecinos suyos. Los guías que tomamos para atravesar los impenetrables bosques que separan los distritos, contentos y alegres al tiempo de partir, se alarmaban al acercarnos á las habitaciones humanas, y por nada en el mundo nos querían acompañar á las nuevas aldeas, temiendo, segun decían, que los mataran y se los comiesen. Invitándonos á parar en sus chozas cuando volviésemos, se apresuraban á regresar á ellas.

¿No quedan acaso algunos restos de este paganismo en nuestros sistemas de pasaportes y de aduanas, y en las diferencias entre las sectas religiosas? Algunos cristianos de ideas mezquinas no quieren, segun parece, comprender que los adoradores de Jesus, cualquiera que sea la secta á que pertenezcan, son superiores á los musulmanes, á los budhistas, á los brahmanes y á los demas paganos. Muchas personas afirman, dejándose guiar de una imparcialidad exagerada, que la moral del Koran es casi igual á la del Evangelio. Dios nos ordena la humildad, y sin duda alguna tenemos gran necesidad de ella; pero lo cierto es que el canal del Suez, el camino de hierro interoceánico, los ferro-carriles de la India y del Asia occi-

dental, el túnel del Mont-Cenis, el ferro-carril proyectado por el valle del Eufrates, el proyecto de apertura de istmo de Panamá, las líneas telegráficas y los buques de vapor que recorren todos los mares, son obras de los cristianos que combinan sus esfuerzos para hacer del mundo una sola nacionalidad.

La influencia de una nacion sobre otra produce casi siempre grandes bienes. La abolición de la esclavitud en los Estados-Unidos producirá la libertad de tres millones de esclavos que hay todavía en el Brasil, y resultará entónces un gran beneficio á esta pobre Africa tan castigada, que dejará de ser el desierto del mundo. A los hombres de Estado filantrópicos y á la prensa corresponde trabajar para que cese el comercio de esclavos en la costa Oriental de Africa. Los hombres de Estado deben ser los principales misioneros.

Confieso que durante largo tiempo les he mirado como á hombres que tenían por único propósito ejercer el poder y procurarse honores, sin que les preocuparan gran cosa los medios de conseguirlo. No quiero hablar de los vivos; pero las circunstancias me han obligado á tratar á algunos con intimidad, y entre ellos al excelente lord Palmerston, debiendo entónces reformar mi opinion errónea. Durante catorce años ha trabajado sin descansar para la supresion de la trata de negros en la costa occidental del Africa, trata que se hacia en grande escala. Mi larga permanencia en este país perdido, me ha quitado de tal suerte la afición á la política de partido, que sin temor declaro que los grandes hombres de Estado ingleses en mi tiempo han dirigido su política á hacer el bien en grandes proporciones. Su constante trabajo y sincero deseo por hacer el bien y sólo el bien, me inspira hácia ellos profundo respeto, y mientras viva elogiaré á lord Palmerston, á lord Clarendon y al presidente Lincoln. Que nuestra raza continúe estas obras verdaderamente cristianas y acabe para siempre la habilidad de los antiguos diplomáticos reducida al deseo de engañarse mutuamente.

La trata en la costa occidental del Africa, ha desaparecido ya por fortuna, y es preciso que los pueblos civilizados se unan para que cesen los crímenes contra la humanidad que todavía manchan la costa oriental. Si el Virey de Egipto, de acuerdo con su lugarteniente Baker, logra suprimir el comercio de esclavos en el Nilo, merecerá el título de bienhechor de la humanidad. Cuanto puedo hacer en mi aislamiento es invocar la bendición del cielo para cualquiera, sea americano, inglés ó turco, que ayude á cicatrizar la vergonzosa llaga que todavía corroe una costa del mundo.

DAVID LIVINGSTONE.

## LA INCINERACION DE LOS CADÁVERES.

El destino que debe darse al cuerpo humano después de la muerte, es, á todas luces, una cuestion sanitaria de la mayor importancia; y fuera lamentable que una falsa delicadeza ó una sentimental debilidad impidiesen su plena y libre discusion. Sin duda alguna, los restos de los muertos merecen el mayor respeto; pero la salud de los vivos debe tambien tenerse en cuenta. Hace ya unos veinticinco años que el horrible descubrimiento de las condiciones miasmáticas de los cementerios de Lóndres hizo fijar la atencion sobre este punto. Probóse hasta la evidencia, por las investigaciones que entónces se practicaron, que la acumulacion de cadáveres en medio de una ciudad era altamente nociva para la salud de sus habitantes; y se aprobó un acta del Parlamento que prohibía los enterramientos intra-muros. Cerráronse los antiguos cementerios, pútridas masas de cuerpos hacinados, y los enterramientos fueron relegados á cementerios exteriores situados á varias millas del centro de la ciudad. Este fué un remedio eficaz, en cuanto á la parte central de la poblacion. Los habitantes que vivían cerca de los cementerios se vieron libres de las fatales influencias á que ántes estaban expuestos, y miéntras los cementerios estuvieron aislados y á alguna distancia de la poblacion, su estado sanitario no ofrecía cuidado alguno. Hoy, sin embargo, estos cementerios van siendo absorbidos por el siempre creciente radio de la gran ciudad. Algunos de ellos son ya centros de grandes distritos con habitaciones construidas cerca de sus muros, y otros empiezan á ser amenazados tambien con la misma clausura. Es, pues, innegable que dentro de pocos años los cementerios exteriores se verán rodeados de una poblacion tan densa como los antiguos intra-muros, é interesa, por lo tanto, saber si el modo de sepultar los cadáveres en éstos, los hace menos peligrosos que los antiguos cementerios de la ciudad. Sobre este punto, el dictamén de los comisionados de 1849 no es nada consolador. Su condenacion parece extenderse á todos los focos de putrefaccion. «Podemos, dice, apreciar la parte sanitaria por el simple hecho de que el colocar un cadáver en una fosa y cubrirle con unos cuantos piés de tierra, no impide que los gases desprendidos por la descomposicion, así como las materias pútridas, atravesando el suelo, se extiendan por el aire ó por el agua subterránea.» Asegura el doctor Playfair que había examinado varios cementerios con objeto de cerciorarse de si la capa de tierra que cubre los cuerpos era suficiente para absorber los gases pútridos que se desprendían, y halló no ser suficiente. Las emanaciones fétidas de un cementerio podian apreciarse en desagües á 30 piés de distancia. El Dr. Playfair calculaba que de 52.000 inhumaciones de la me-

trópoli en 1849 (hoy ascienden á 80.000) se desprendian nada menos que 2.572.580 piés cúbicos de gas, «todos los cuales pasan, ó al agua subterránea, ó á la atmósfera.» En una palabra, está probado que la corrupcion envenena el agua y el aire, y que la salud de los habitantes inmediatos á esos lugares se resiente, siguiéndose consecuencias fatales. La proximidad de un cementerio ocasiona «dolores de cabeza, diarreas, disentería, afecciones de garganta y calenturas.» En los cementerios extra-muros, los cadáveres no están tan hacinados como en los intra-muros, y hay tambien mayor cantidad de vegetacion para absorber las emanaciones. La descomposicion, sin embargo, es la misma, y los cementerios van atestándose y viéndose cada vez más cercados por la poblacion creciente, siendo imposible retirarlos más hácia el campo, pues los terrenos destinados á tal objeto van haciéndose más escasos, pudiendo suceder que ántes de trascurrir mucho tiempo nos hallemos con otra crisis tan peligrosa como la de 1849.

Esta cuestion es indudablemente muy séria tratándose de una comarca de área limitada y con grande y creciente poblacion. Claro está que si un cementerio es bajo todos aspectos necesariamente malsano, y si la única razon por la que los cementerios exteriores son menos mortíferos proviene de que habite menos gente á su alrededor, el peligro para el público es sólo cuestion de tiempo, y fuera locura no estar prevenidos para ello. Tal vez pueda buscarse otra manera de purificar y desinfectar los cementerios; pero lo cierto es que todavía no ha sido hallada, y bien vale la pena de considerar si, después de todo, hay razones para creer que este sistema de dar sepultura es el único que puede emplearse. La cuestion indudablemente afecta más á los vivos que á los muertos, y puede asegurarse que si á éstos se apelara, no desearían ser conmemorados por la peste sobre la tierra. El punto esencial que debe tenerse en cuenta es que la disolucion del cuerpo tenga lugar en condiciones tales, que ni subleve los sentimientos, ni altere la salud de los supervivientes. La momia pertenece á un estado primitivo de la sociedad. En Italia y en Francia, el embalsamador practica su profesion, que va cayendo en desuso. El experimento rara vez da completo resultado, ni tiene carácter de permanencia, y en todo caso es repugnante y aterrador. El que desee ver todo cuanto artificialmente es posible hacer para impedir la descomposicion, puede satisfacer su curiosidad en el Museo del Real Colegio de Cirujanos. Allí podrá comparar las antiguas momias de Egipto con los esfuerzos que la ciencia hace hoy en el mismo sentido. En un estante podrá contemplar á la mujer de Martin van Butchell, quien como, segun decia el testamento, debía poseer una gran propiedad miéntras su esposa estuviese *sobre la tierra*, creyó que lo mejor que podia hacer era disecarla para tenerla de adorno dentro

de su estante. La operacion fué practicada en 1775 por el Dr. W. Hunter y M. Carpenter, quienes tomaron grandes precauciones para conservar la forma y facciones de la difunta, y, sin embargo, nada más repugnante y repulsivo que aquellos restos; formas ajadas y podridas, con cara de caoba, en la cual brillan los dientes, como burlándose de la descomposicion que los rodea. Una momia de Australia, seca al calor del sol, representa otro medio de preservacion. El cadáver de Jeremías Bentham ha sido tambien conservado, y su aspecto no es ménos horrible. En todos los paises civilizados, los esfuerzos que la ciencia ha hecho para contener la progresiva descomposicion, van siendo abandonados, y este método de conservacion debe rechazarse. La cuestion, pues, se reduce á saber: ¿cómo si el cuerpo debe volver á su elemento debe esto verificarse? Desde las edades más remotas han venido usándose sólo dos medios. El uno sepultando el cadáver en nichos ó en la tierra, y el otro entregando los restos al fuego. Difícil sería demostrar cuál de los dos medios es el más respetuoso para el difunto. Nada hay más horrible que el curso natural de la descomposicion. La destruccion por el fuego podrá alarmar á algunas personas timoratas; pero, despues de todo, se reduce á quemar los despojos del difunto. El objeto en ambos casos es el mismo; deshacerse de algo que, por razones físicas y morales, debe desaparecer. En caso del enterramiento los restos se ocultan á la mirada, pero la descomposicion se verifica. En el caso de quemarlos, lo único que despues queda es un puñado de puras y finas cenizas. Dice Sir Henry Thompson que la incineracion cuidadosamente conducida, evitaría los peligros sanitarios de los enterramientos, aunque tuviera peligros propios; y la verdad es que no puede demostrarse el por qué ese medio ha de ser más doloroso para los allegados del difunto; y hay razones evidentes, si se reflexiona en más que en el momentáneo tratamiento del cadáver, para acogerlo con entusiasmo como el mejor medio de conservacion de los restos humanos. Pregúntese el lector á sí mismo, si no preferiría contemplar los restos de una persona querida en cenizas á verlos en su atahud á los quince dias de fallecida. El sentimiento que esto produce no es otro que el deseo de deshacerse del cuerpo, sin cometer, digámoslo así, ninguna violencia con él. Esto, sin embargo, no es sino retardar algunos momentos la gran crisis, pues si el cuerpo no se destruye de un modo se destruye de otro.

Considerada bajo su verdadero punto de vista la cuestion, tiene más de sanitaria que de sentimental. No hay razon alguna para que al hombre pensador le sea más doloroso acompañar una masa inanimada de barro á la puerta de un hordo donde pueda ser consumido por el fuego, que á una fosa en la que se consuma de otra manera; y claro está que los oficios religiosos po-

drian adaptarse perfectamente á la incineracion. ¿Puede ésta ejecutarse de una manera decorosa y eficaz, y sin peligro alguno para la salud pública? Hé aquí lo que debe dilucidarse, y no es poner en duda las teorías de Sir H. Thompson y de los defensores de este sistema, el hacer observar que debe someterse á muchas pruebas ántes de acogerlo sin vacilar. Sir Henry, que ha practicado el sistema sobre cadáveres de animales, dice que un poderoso horno de reverbero consume en ménos de una hora un cuerpo de peso y tamaño ordinarios, dejando sólo unas pocas y blancas cenizas, purísimas á la vista y al olfato. Confiesa Sir Henry que, durante los primeros tres ó cuatro minutos de combustion, los gases desprendidos son nocivos, pero que despues de ese corto tiempo dejan de serlo, y que no se percibe olor alguno. Sin embargo, esos gases nocivos no se escapan al aire libre, sino que se consumen enteramente en un segundo horno. La inhumacion semanal en Lóndres asciende á la cifra de 1.600 cadáveres, y la cuestion se reduce á saber si la incineracion podría llevarse á efecto en tan gran escala, sin producir resultados nocivos ó peligrosos para la salud pública. Claro está que, por lo ménos, serían necesarios aparatos perfeccionados hasta el último extremo, y por lo tanto muy caros, y dependientes muy diestros é inteligentes para ejecutarla. Una incineracion mal acabada sería intolerable bajo todos puntos de vista. Hé ahí el punto capital de la cuestion que conviene dilucidar. Hay tambien otra consideracion digna de tenerse en cuenta, y es el medio de averiguar despues de la inhumacion si la muerte ha sido producto de un crimen. Un cadáver puede extraerse de una fosa, pero un cuerpo calcinado sólo puede representarse por sus cenizas. Para obviar esta dificultad, Sir H. Thompson propone conservar durante varios años en un Instituto de Medicina el estómago y parte de una de las vísceras de todo el que muere. Esta sería una empresa formidable. Un sistema de inspeccion especial despues de la muerte podría quizás reprimir el envenenamiento ó la violencia; pero la mera mencion de estos puntos demuestra cuán poco maduro se encuentra el proyecto en su estado actual. Una sociedad de incineracion mútua (*Mutual Cremation Society*) se ha formado en Nueva-York, y en varias partes de Alemania este sistema va tambien adquiriendo gran número de adeptos. Pero es evidente que, ántes de que llegue á estar en uso, deben resolverse muchos de los problemas que se presentan al practicarlo. Un escritor frances, con el *esprit* propio de los de su nacion, ha indicado que las «urnas cinerarias llegarían pronto á reemplazar en las consolas y chimeneas á los relojes de bronce y jarrones de china que hoy las adornan;» y Sir H. Thompson ha creído necesario tratar de persuadir al pueblo inglés de que las cenizas de los muertos pueden llegar á ser un artículo provechoso para explotarlo. «El

tratar á nuestros muertos, dice, por este medio, puede dar á nuestra *madre tierra* millones de capital, que ella se encargará de devolvernos con los intereses compuestos por el depósito.» Muchas personas, sin embargo, estamos seguros, preferirían adornar sus chimeneas y hacer producir á sus tierras, sin explotar los restos de sus parientes ó amigos con ese objeto. Sólo bajo el punto de vista de reforma sanitaria es como puede considerarse y discutirse la incineración.

(Saturday Review.)

## BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Academia de Ciencias de Paris.

20 DE ABRIL.

M. Plauchon presenta una Memoria histórica sobre la introducción de cepas americanas para atenuar los estragos del *phyllocera*. Propone que se aclimaten las cepas americanas en los departamentos invadidos por el *phyllocera*. La experiencia ha demostrado que las cepas de los Estados-Unidos atacadas por el *phyllocera* no mueren por la influencia de ese parásito; pero ¿conservarían su inmunidad relativa algunos años después de ser trasplantadas al suelo de Europa? Para este estudio retrospectivo M. Plauchon ha investigado si había en Francia cepas americanas que tuviesen ya algunos años, y con efecto, ha sabido que en 1862 y 1863 se plantaron 150 cepas americanas en una propiedad al lado de Roquemaure, por un negociante que trataba en aquella época de combatir la invasión del *oidium*. Pues bien: esas cepas, aunque invadidas por el *phyllocera*, son vigorosas y producen racimos en cantidad ordinaria; su conjunto constituye un verdadero oasis en medio de un país cuyas viñas han sido destruidas por completo. Este hecho puede dar lugar á un triste descubrimiento. Precisamente en la comarca en que existen esas 150 cepas americanas fué donde, por primera vez, apareció el *phyllocera*, y esto sucedió en 1863, época que coincide exactamente con la introducción de las plantas americanas. Dos años después, en 1865, la propagación del *phyllocera* fué tan grande, que la atención pública empezó á preocuparse por los estragos del parásito. Parece, pues, que la importación de las cepas de los Estados-Unidos es la que ha introducido en Francia el *phyllocera vastatrix*.

Un agricultor propone reunir en una misma planta las cualidades opuestas de las cepas americanas y las francesas; no estando atacadas las raíces de las primeras por el *phyllocera* subterráneo, ni las hojas de las segundas por el *phyllocera* exterior, debe procurarse dotar á las cepas americanas del follaje y de las cualidades de las cepas francesas. Pero este procedimiento ¿es practicable fácilmente?

M. Thenard opina que ese procedimiento sólo es aplicable en el Mediodía, donde no hay más que de dos á cuatro mil cepas por hectárea, y es

imposible en Champaña y en Borgoña, donde hay hasta 40.000 cepas por hectárea.

—M. Jamin presenta una pila termo-eléctrica, debida á M. Calmon. Consiste en una lámina de hierro soldado á una placa de una aleación de antimonio y zinc, y replegada sobre sí misma en forma de corona; basta calentar el centro de la corona con ayuda de un mechero de gas para obtener una gran fuerza electro-motriz, cuyas aplicaciones industriales pueden ser numerosas. Así es que la pila de M. Calmon, de la cual un solo elemento puede depositar veinte gramos de cobre por hora, sirve en el Banco de Francia y en el taller de Goupil para la reproducción galvanoplástica de las planchas grabadas. Para mantener una corriente constante basta que el mechero de gas tenga una llama igual asegurada por un regulador, del cual M. Jamin presenta un modelo, debido á M. Giron, notable por su sencillez; la presión del gas es constante porque está regulada en ese aparato por el peso invariable de una pequeña campana, por la cual pasa el gas ántes de llegar al mechero.

Sociedad de Geografía de Paris.

10 DE ABRIL.

El Ministro de Marina hace saber que la misión confiada en Oriente á M. Delaporte, á cuyo éxito ha contribuido ampliamente la Sociedad de Geografía, no ha conseguido su objeto más que en la primera mitad. La expedición ha ejecutado en Angkor trabajos importantes; pero M. Delaporte, enfermo del hígado, ha tenido que regresar á Francia. Sus colaboradores MM. Bouillet, Rat y Jullien han quedado en Saigon. La expedición está, pues, momentáneamente interrumpida, pero continuará, y el Ministro pide á la Sociedad que siga teniendo los fondos que había dedicado á este viaje á disposición de M. Delaporte.

—M. Ami-Boué refiere el progreso científico del imperio austro-húngaro, y da detalles muy interesantes sobre la construcción de un nuevo Observatorio en Viena, y sobre el desarrollo de la cartografía austriaca, manifestando también algunos temores sobre la suerte de la expedición de MM. Weyprecht y Payer á Nueva-Zembla. No tienen alimentos y carbón más que hasta Octubre; y se teme que para entonces no hayan podido todavía separarse de sus estudios y regresar á Europa.

—M. Duveyrier lee una carta que le ha escrito M. Schweinfurth sobre los monumentos cuya existencia le había indicado en el Norte de Africa. En las regiones del alto Nilo que ya ha visitado no ha encontrado huellas de razas antiguas. Los negros siempre han hecho la vida que hoy hacen, sin construir murallas ni resguardos. No se encuentra ninguna inscripción ni dibujo alguno. Los únicos monumentos de piedra son muelas ó piedras de molino á brazo, cuyo uso está muy extendido. M. Schweinfurth está hace doce meses en el gran oasis, donde recoge fósiles. La variedad de las formaciones geológicas es sorprendente en dicho oasis, donde ha recogido, sobre todo, plantas fósiles en gran cantidad.

—M. Devienne comunica las últimas noticias llegadas de Zanzivar sobre la expedición de M. Cameron en busca del cuerpo de Livingstone. Mon-

sieur Dillon se había suicidado en un acceso de fiebre, y M. Murphi había entrado en Zanzivar en muy mal estado. M. Cameron tenía el proyecto de penetrar en el interior, y volver á bajar por el Congo.

—M. Tissot, ministro de Francia en Marruecos, escribe á la sociedad que, aprovechando la mejora de la situación política de aquel país, ha emprendido un viaje de exploración de Tanger á Fez. En su primera carta revela una parte de su itinerario, y habla especialmente de las vías romanas y de la antigua estación del lago Cephicias, todo lo cual examinará la sociedad.

#### Sociedad de biología de Paris.

25 ABRIL.

M. Prevost expone el resultado de sus investigaciones acerca de un nuevo veneno estudiado recientemente en Alemania por Schimberg con el nombre de *muscarina*, y extraído de la falsa Oronga (*Agaricus muscarius* ó *Ammanita muscaria*). Este nuevo compuesto tóxico no parece pertenecer á la clase de los alcalóides; más bien debe ser clasificado entre los glicósidos, cuerpos caracterizados, como es sabido, por la propiedad de simplificarse por medio del agua, en diversos productos, entre los cuales se encuentra la glicosa ó materia azucarada. La *muscarina* en dosis poco elevada (un miligramo en los perros y en los conejos) paraliza el corazón por la excitación de los nervios y no por acción alguna sobre las fibras musculares que forman las paredes de este órgano. Los corazones linfáticos no sufren nada por la introducción de la *muscarina*, y continúan sus latidos. Además de esta influencia sobre el órgano central de la circulación, la *muscarina* exagera singularmente ciertas secreciones. A consecuencia de la absorción de algunos miligramos de *muscarina* sobreviene un lagrimeo y una salivación considerables.

#### Sociedad de geografía de Paris.

#### LA LUCHA POR LA EXISTENCIA.

M. Simonin, volviendo á poner sobre el tapete la cuestión del decrecimiento enorme que se nota en las tribus indias de los Estados-Unidos, expone que algunos espíritus evangélicos han puesto en duda los resultados que había publicado, fundándose en que los indios pueden regenerarse y mezclarse útilmente con los blancos. M. Simonin mantiene sus conclusiones, que descansan en cifras numerosas y concienzudamente estudiadas, y en la inspección de cartas especiales, entre las cuales cita particularmente la carta de las *reservaciones* (1), en la que, aparte de 25.000 indios medio civilizados, están registrados por territorios todos los pieles-rojas de la Union. Esta carta se publicó en 1868 por el general Sherman, comandante en jefe de todas las fuerzas del Oeste, y puede ser consultada por la Sociedad.

M. Simonin expone que el decrecimiento es tal entre los indios, que dentro de un siglo ó dos pertenecerán á la historia, y no quedará ninguno en todo el territorio de los Estados-Unidos, por

que no solamente no pueden mezclarse con los blancos, sino que tampoco quieren. Aun en estos momentos, nueve ó diez mil *Sious* mandados por *Nublado-rojo*, y siete ú ocho mil *Quemados* á las órdenes de *Cola-pintarrajeada*, se resisten á entrar en las *reservaciones*. Una guerra sangrienta se prepara, pues, para hacer entrar en orden á esos indios, y esa guerra será necesariamente fatal para aquellos, y contribuirá á su aniquilamiento, además del fenómeno fisiológico sobre el cual llama la atención M. Simonin.

El decrecimiento de los pieles-rojas es continuo y progresivo. Volney, á principios de este siglo, calculaba su número en los Estados-Unidos en 60.000. En 1870, el noveno censo, hecho con esa amplitud de información y con esa seguridad de estadística que ninguna otra nación ha sabido igualar, da el resultado de 313.712, de los cuales 25.731 eran medio civilizados, 59.367 confinados en territorios indios, y 228.614 encerrados en comarcas determinadas ó todavía nómadas. Debe añadirse el territorio del Alaska, recientemente anexionado, en el cual hay más de 50.000 indios.

Los civilizados que viven libremente entre los blancos han disminuido un 42 por 100 en diez años. En 1860 eran 44.201; en 1865 39.898; en 1870 no había más que 25.731. Ninguna situación, aunque sea tan favorable como la del hermoso clima de California, los pone á cubierto del decrecimiento. En este Estado su disminución se eleva á 50 por 100 en los diez años. De 32.266 que había en 1852, disminuyeron á 17.798 en 1860; y en 1870 ya no quedaban más que 7.241. Si la progresión sigue en el mismo sentido, en el año 1900 no quedarán más que 900 indios.

En las comarcas reservadas, y en particular en la de *Indian Territory*, al Oeste de Arkansas, entre los Creeks, los Cherokees, etc., que tienen imprentas, periódicos, escuelas, tribunales, una constitución y una capital, si la disminución parece menor es porque continuamente el gobierno de los Estados-Unidos está enviando nuevas tribus. De 1858 á 1866, los 58.000 habitantes han quedado reducidos á 53.500. El número total se señala en esta última época por 59.367, pero hay que deducir los Arrapahoes, etc., recientemente importados, como en los 62.000 del año 1871 hay que deducir numerosas cuadrillas que la política del general Grant arroja sucesivamente al Oeste del Missouri.

En la tercera categoría de indios nómadas, que comprendía 307.842 individuos en 1865, el nuevo censo hecho en 1870 no señalaba más que 287.981, revelando por consiguiente una disminución de 20.000 próximamente en cinco años, ó sea el 6 1/2 por 100.

¿Cuál es la causa de esta extinción progresiva de los pieles-rojas? Se ha invocado: 1.º las enemistades de razas; y es bien cierto que los blancos no han tratado siempre á los indios como hermanos; 2.º las guerras; pero la verdad es que las costumbres se han dulcificado bastante, y las guerras entre tribus son cada vez más raras; 3.º ciertas enfermedades, y entre ellas la viruela; esta fiebre eruptiva, en efecto, ha ocasionado terribles estragos en ciertos puntos: los Mandans, por ejemplo, han desaparecido casi por completo por esa causa; pero esas epidemias no han sido generales; 4.º el abuso de los licores fuertes; el comercio de estas bebidas está hoy prohibido.

(1) Comarcas reservadas á los indios.

Segun M. Simonin, hay un fenómeno zoológico más general por encima de todas esas causas locales, que obra en el mismo sentido. Es una aplicación de la *lucha por la existencia* tal como Darwin la ha formulado. Por todas partes por donde el hombre civilizado avanza, el salvaje desaparece. El pueblo cazador que para 300.000 hombres necesita un espacio igual á la Europa entera, y 9.000 individuos ocupan un área de 200 ó 300 departamentos, debe necesariamente ceder lugar al hombre sedentario colocado en condiciones morales y materiales muy diferentes. El piel-roja desaparece como desaparece el bisonte, y éste se va como se fué el uro (toro montaraz), su congénere de Europa.

M. Simonin expone en seguida la distribución geográfica de los pieles-rojas, segun la última Memoria del comisario de asuntos indios, y da á conocer los procedimientos administrativos empleados por los Estados-Unidos con los indios. La administración en estos asuntos está desempeñada por 898 empleados, repartidos en 77 agencias y 24 superintendencias. Estos empleados son cerrajeros, carpinteros, maestros de escuela, etc., que enseñan á los indios los oficios manuales. Segun M. Simonin, el gobierno de los Estados-Unidos va demasiado lejos en el camino pacífico que ha emprendido, y ha cometido una gran falta poniendo en manos de los misioneros las plazas de agentes, superintendentes, etc., no solamente porque el uniforme de los empleados del gobierno impone más que el redingote de los reverendos, sino porque estos últimos, procedentes del clero de doce ó quince religiones distintas, nunca están de acuerdo, y sus querellas les quita todo el prestigio entre los pieles-rojas.

La Memoria de M. Simonin termina dando á conocer los grandes gastos que las tribus imponen al gobierno de la Union. Puede calcularse que este gasto sale anualmente á 430 francos por cabeza; pero los yankees opinan que les cuesta menos proteger á los pieles-rojas que exterminarlos.

Despues de la lectura de esta Memoria, M. Semallé se esfuerza en demostrar que las tribus indias están destinadas á aumentar considerablemente. Los iroqueses, por ejemplo, eran 3.800 en 1870, y llegaron á 5.070 en 1872. Acusa de groseros errores á las estadísticas de las oficinas norte-americanas, y dice, que aunque es cierto que hoy los pieles-rojas han llagado á su minimum, todo hace creer que aumentarán en cuanto se acostumbren á la vida agrícola.

M. Semallé hace justicia á la administración paternal del gobierno de la Union, y la cree inspirada, no solamente por el progreso de las ideas evangélicas de que habla M. Simonin, sino tambien por cierto amor propio en presencia de las naciones civilizadas, y sobre todo por consideraciones económicas. La guerra de los Seminolas de la Florida costó á los Estados-Unidos 45.000 hombres, ó sea 20 blancos por cada piel-roja, y 7.000 millones de dollars.

M. Simonin defiende las conclusiones de su Memoria, y dice que no hace más que establecer para los Estados-Unidos un resultado evidente y probado en todo el mundo; la lucha por la existencia, en la cual las razas inferiores sucumben al solo contacto de las razas civilizadas.

## BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

*El Glascom-Herald* da cuenta de los diferentes experimentos que se han hecho con la dinamita para los desmontes y roturaciones de terrenos. De todos los ensayos resulta que la explosion de los cartuchos de dinamita producen gran quebrantamiento de la capa superficial del terreno, y un fraccionamiento suficiente de las piedras, de modo que los trabajos ulteriores se hacen con pocos esfuerzos. La economía que resulta de este método, comparada con los gastos de fuerza y dinero que exigen los medios usuales, es muy considerable, tanto por la poca mano de obra necesaria, como por la rapidez de la operacion.

\* \* \*

La exposicion bético-extremeña que se está celebrando en los magníficos salones del Alcázar de Sevilla, es notable por muchos conceptos. Entre los productos agrícolas llaman la atención los presentados por el marqués de la Gomera, de Osuna, D. Antonio Fernandez Negrete y D. José Saenz de Juano. En el ramo de perfumeria ha presentado un grande y variado surtido la fábrica de los señores Tena, hermanos. Entre los productos cerámicos figuran en primera línea los de Pickman y compañía; y tambien han presentado estatuas, jarrones y otros objetos de mérito los señores Pelli, Perouse y Montalvan, de Triana. En objetos de corcho hay una gran riqueza, llamando mucho la atención un aderezo de señora, que es un trabajo curiosísimo. El cuerpo de Artillería ha expuesto varios productos de sus fábricas. En cromo-litografías, trabajos oleográficos y fotografías, hay láminas de gran mérito de D. Fausto Muñoz, de Málaga, y artistas sevillanos. Los pianos presentados por el señor Cavayé son de bastante mérito. D. Miguel Trillo, premiado en la exposicion de Viena, ha presentado unos preciosos arabescos, que llaman mucho la atención. Los artefactos de hierro, acero y otros metales de las fábricas sevillanas de San Clemente, San Antonio y Portilla, son de primer orden.

\* \* \*

Un fatal accidente en el camino de hierro de Lyon ha producido la muerte de M. de Billy, ingeniero jefe de minas y uno de los miembros más activos de Sociedad geológica de Francia.

Tambien ha fallecido M. Engelhart, que se había hecho célebre en Francia por sus trabajos geológicos.

\* \* \*

M. F. Galton acaba de publicar en Inglaterra una estadística de los hombres de ciencia de la Gran Bretaña, de la cual resulta que hay actualmente un sabio por cada 10.000 habitantes, proporcion enormemente favorable al progreso de la ciencia en Inglaterra.

Al publicar su estadística M. Galton hace algunas consideraciones sobre la educación, las cualidades y el régimen de los hombres de ciencia, y entre ellas encontramos la muy curiosa de que la energía está en proporción inversa de la dimension de la cabeza. La circunferencia media

de una cabeza inglesa es de veintidos pulgadas y cuarto á veintidos y media, de cuya dimension no pasan más que ocho sabios de los comprendidos en la estadística de M. Galton. Trece tienen menos de veintidos pulgadas y media, y los demas se encuentran al nivel de sus conciudadanos. La posicion que ocupan los de cabezas pequeñas y los que las tienen grandes, en el mundo de la ciencia es igualmente buena, segun la estadística; pero la energía, en el carácter y en el estudio, es muy pronunciada en los trece de cabeza pequeña, mientras que de los ocho cuya circunferencia excede de veintidos pulgadas, sólo hay uno que tenga alguna energía.

M. Galton ha hecho su estadística, que comprende tambien la capacidad, la inteligencia, la educacion, las aficiones innatas, las costumbres, etc., etc., por medio de un extenso interrogatorio, al cual han ido contestando los sabios por medio de cartas. Para que no se eche á broma el trabajo de M. Galton, debemos decir que su estadística y sus consideraciones forman parte de una conferencia que ha dado en el Instituto Real de la Gran Bretaña en el mes de Abril último.

\* \* \*

Continúan los preparativos para la apertura, que ya no puede tardar muchos dias, de la exposicion de productos de la region Este de España. Artes, industrias, agricultura, son los tres ramos principales que contribuyen á la exposicion, sin perjuicio de otros. Hasta ahora se han recibido 619 bultos, remitidos por 150 expositores de Barcelona. La fabricacion de pianos, que tan adelantada se halla en Cataluña, estará representada digna y abundantemente.

El 17 de este mes se celebrará la exposicion de flores dispuesta como preliminar de la general. El jurado que ha de otorgar los premios se compondrá de señoras.

\* \* \*

El naturalista colombiano, doctor Quinaguina, en la última excursion que ha hecho á la cordillera de los Andes, ha encontrado casualmente en una mina, explotada tal vez en tiempo de la conquista, una vicuña petrificada, cuyas dimensiones exceden extraordinariamente á las más grandes que se han visto en aquellos lugares frios; dos cabras con cuernos pintados, con la particularidad de que del centro de la columna vertebral les salía un cuerno dentado de un pie de longitud, y un condor, cuyo cráneo es más grande que el de un hombre, teniendo en el frontal dibujado el sol y la luna.

\* \* \*

Todas las propuestas de pensionados de mérito y ordinarios para la Escuela de Bellas Artes en Roma, hechas por la Academia de Bellas Artes, han sido aprobadas por el Ministro de Estado, exceptuando únicamente la del pintor D. Ricardo Navarrete, que continúa sin resolverse, á pesar de dos informes favorables de la referida Academia.

## BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

NUBES Y FLORES. *Versos de D. Fernando Martinez Pedrosa. Un tomo en 8.º de 200 páginas, edicion de lujo, con el retrato del autor. Madrid, 1874.*

«El Sr. Martinez Pedrosa parece un poeta clásico por la forma de todos sus versos, y romántico por la tendencia de algunas de sus composiciones. Este eclecticismo literario le da un carácter de poeta de *transicion*, que, como el estilo de Verdi en la música, flota indeciso entre la escuela melódica tradicional y las tempestades de armonía del arte moderno.»

Así se expresa el Sr. Campoamor en el prólogo de la expresada obra, despues de decir que no sabe á qué escuela literaria pertenece como poeta el Sr. Martinez Pedrosa. Pero no tarda el insigne autor de las *Doloras* en emitir opinion más concreta, y afirma, á renglon seguido, que en materia de forma literaria, Pedrosa tiene una perfecta subordinacion clásico-literaria y un estilo doblemente atractivo, porque escribe con una naturalidad y un buen gusto que encantan.

La escuela del Sr. Martinez Pedrosa, que procura descartarse de la hojarasca de lo que se llama el lenguaje poético, es un progreso hacia la buena poesia, segun afirma el Sr. Campoamor, poniéndose en frente de la opinion de D. Alberto Lista, é increpando algo duramente al autor de las *Lecciones de literatura española*, por sus censuras á Iriarte y á Samaniego. Iriarte creía, y con razon—añade Campoamor,—que la buena poesia debe ser de tal manera, que un período poético no se puede escribir en prosa con menos palabras ni de un más natural; y á esta meta de perfeccion es á la que tiende la índole poética del Sr. Martinez Pedrosa.

El Sr. Campoamor nos habrá de dispensar que al dar cuenta de la aparicion de este libro lo hagamos unicamente con sus frases y palabras; ¿quién mejor que él puede haber formado juicio, habiendo tenido que leer y examinar detenidamente todas sus páginas para escribir el bello prólogo que sirve de introduccion?

Lleva tambien el libro unos apuntes biográficos del autor, escritos por D. Manuel Juan Diana, y un magnífico retrato del Sr. Pedrosa, copia en grabado de un dibujo del malogrado Rosales.

\* \* \*

LUCAS GOMEZ, por José Puig Perez. *Un tomito de 160 páginas, con una lámina. Biblioteca de novelas humorísticas. El pícaro mundo. Madrid, 1874.*

Escrita sin pretensiones la obrita de que nos ocupamos, revela, sin embargo, la correccion de estilo que distingue al Sr. Puig, y pone de manifiesto, una vez más, el estudio que ha hecho de los tipos y costumbres de nuestro país, y la espontaneidad de concepcion y de expresion de que ha dado muestras en otras novelitas, y entre ellas en la titulada *Coche y palco*, que pertenece á la misma biblioteca. Las demas obras publicadas hasta ahora en esta coleccion están firmadas por los señores Sepúlveda, Moja y Bolívar, Gil, Monreal, Labaila y García del Real.

\* \* \*

ANDRÉS EL SABOYANO, por Ch. Paul de Kock. Dos tomos de la BIBLIOTECA FESTIVA. Madrid, 1874. Medina y Navarro, editores.

Una de las novelas más interesantes y conmovedoras del popular Paul de Kock es, sin duda alguna, *Andrés el saboyano*, que, sin dejar de llevar el sello particular de su autor, pertenece más bien al género de la novela de sentimiento. Su interés es tal que conmueve y hace sentir frecuentemente, y á pesar de ser bastante larga, tanto que comprende dos tomos de bastante lectura de la *Biblioteca festiva*, no decae ni un sólo momento, y su plan, sus resortes, sus elementos de interés, llegan hasta el desenlace, agradando siempre y teniendo suspenso al lector hasta las últimas páginas.

\* \* \*

A LA MEMORIA DEL INVICTO GENERAL MENDEZ NUÑEZ. *Marcha fúnebre para piano, por N. Toledo. 4 páginas en folio y portada. Madrid, Toledo, editor.*

¡A ROMEA! *Recitado al piano, música de N. Toledo, letra de Felipe Borrás. 4 pág. en folio. Madrid, Toledo, editor.*

VILLANCICOS, á dos voces y coros con acompañamiento de piano, por Nicolás Toledo. 6 pág. en folio. Madrid, Toledo, editor.

\* \* \*

ANALES DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL.—Se publican por cuadernos; los de cada año forman un tomo en 8.º, de unas 500 páginas con fac-símiles, mapas y láminas grabadas ó iluminadas. Se han publicado los tomos I y II correspondientes á 1872 y 1873, y está en prensa el III.

Contiene el I: Circular de los socios fundadores.—Reglamento de la Sociedad.—Poey. Plantilla descriptiva ictiológica.—Colmeiro. Fumariáceas de España y Portugal.—Jimenez de la Espada. El volcan de Anzango.—Solano y Eulate. Noticia sobre una piedra meteórica de Murcia.—Jimenez de la Espada. Nuevos batracios americanos.—Perez Arcas. Especies nuevas ó críticas de la fauna española. Primera y segunda parte (con tres láminas en acero).—Jimenez de la Espada. Sobre la reproducción del «Rhinoderma Darwini.»—Solano y Eulate. Cartas inéditas del baron Alejandro de Humboldt.—Jimenez de la Espada. Un autógrafo del abate Spallanzani.—Solano y Eulate. Noticia sobre un hierro meteórico de la isla de Cuba.—Vilanova y Piera. Lo prehistórico en España.—Gundlach. Catálogo de los mamíferos cubanos.—Sharp. Descripciones de algunas especies nuevas de coleópteros.—Uragon. Adiciones al trabajo anterior del Sr. Sharp.—Colmeiro. Un trabajo inédito de D. Francisco José de Caldas.—Colmeiro. Genisteas y Antildeas de España y Portugal.—Actas de la Sociedad Española de Historia natural.—Lista de los señores socios.

El tomo II contiene: *Naranja y Garza*. Paleontología é historia del trabajo subterráneo (minas de Santander). Colmeiro. Dos cartas de Bonpland y una de Humboldt.—Costa. Ampliación al catálogo de plantas de Cataluña, publicado en 1864. Primera parte.—Colmeiro. Proliferación observada en dos piñas del pino doncel (*Pinus pinea* L.)—Putzeis. «*Celia nitidiuscula*.»—Martinez y Szez. Datos sobre algunos coleópteros de los alrededores de Cuenca.—Poey. «*Evoxyetopon teniatus*.»—Gundlach. Catálogo de las aves cubanas.—Fernandez de Castro. «*Aëtobatis Poeyii*.»—B. Olivar. Ortópteros de España nuevos ó poco conocidos.

—Martinez y Szez. Nota sobre mamíferos americanos.—Quiroga y Rodriguez. La teruelita.—Llanos. Nueva descripción del pasac (*Mimusops erythroxylon* Boj.)—Colmeiro. Rosáceas de España y Portugal.—Lundener. Explicación del cuadro sinóptico de los tiempos primitivos.—Arellio y Larrinaga. Materiales para la flora fósil española.—Arellio y Larrinaga. Descripción de la dusodila de Hellin.—Arellio y Larrinaga. Nueva variedad bacillar de exantolosa.—Arellio y Larrinaga. Ciempozuelita, nuevo sulfato de cal y sosa.—Quiroga y Rodriguez. Hausmannita de Asturias.—Solano y Eulate. Noticia acerca de un aragonito coralóideo.—Poey. «*Grammieolepis brachiusculus*,» tipo de una nueva familia en la clase de los peces.—Martinez y Szez. Descripciones de coleópteros de España.—Actas de la Sociedad Española de Historia natural.—Lista de los señores socios.

\* \* \*

PROPIEDAD LITERARIA. *Lista de las obras presentadas en el Ministerio de Fomento en el mes de Febrero de 1874.*

Diaz Benito.—Tratado completo de cirugía menor, 1 t. 8.º  
Diaz Perez.—Opúsculo de la historia de Talavera la Real, 1 t. 8.º  
—Memoria de la fábrica de calzado de Soldevilla, 1 t. 4.º  
—Anteproyecto de la Exposición de Madrid para 1874. 1 t. 4.º  
Rato Hevia.—Historia de España, compendiada, 1 t. 4.º  
Velazquez.—El diluvio, cuadro cómico, 1 a.  
Navarro.—Lazo de amor, comedia, 1 a.  
Rodriguez Rubí.—Fiarse del porvenir, comedia, 4 a.  
Torromé.—Luchas civiles, drama, 1 a.  
Rinchan.—La Colegiala, zarzuela, 1 a.  
Blasco.—La mujer de Ulises, juguete cómico, 1 a.  
Bardan.—Los estanqueros aéreos, zarzuela bufa, 1 a.  
Zumel.—He matado al mandarin, juguete cómico, 1 a.  
Eguilaz.—El molinero de Subiza, zarzuela, 3 a.  
Zamora.—Morirse á tres días fecha, juguete cómico, 2 a.  
Pina.—Lo sé todo, juguete cómico, 2 a.  
Liern.—Pedro el veterano, zarzuela, 1 a.  
—El retrato de Macaria, juguete, 1 a.  
Alvarez Marina.—Gramática elemental española, 1 t. 4.º  
Fors Casamayor.—Edita de Belcour, melodrama, 4 a.  
Fetis.—La música al alcance de todos, 1 t. 8.º

Llorens.—El Criador del universo, 1 t. 8.º, Barcelona.  
Florn.—Arquitectura alemana, 1 t. f.º, id.  
Bergues.—El progreso, 1 t. 8.º, id.  
Flammarion.—Lumen, historia de una cometa, 5 cuad., id.  
Moreno Cebada.—Historia de la Iglesia, 4 cuad., id.  
Montané.—La construcción al alcance de todos, 1 t. 4.º, id.  
Peratoner.—Los peligros del amor, 1 t. 8.º, id.  
Facieras.—Consultor de la maquinaria, 2 t. 4.º, id.  
García Vivanco.—Brahma, baile, id.  
Alvarez.—El previsor, 1 t. 8.º, Burgos.  
Ramirez Arellano.—Paseos por Córdoba, 1 t. 4.º, Córdoba.  
Lopez Romero.—Programa de derecho romano, 1 t. 4.º, Coruña.  
David.—Nuevo silabario-caton, 1 t. 8.º, id.  
—Cartilla ordinaria y métrica, 1 t. 8.º, id.  
Valle.—Mysteria Sanctissimi Rosarii, 1 t. 4.º, Leon.  
—Geografía descriptiva, 1 t. 8.º, id.  
Ruiz Gomez.—Legislación del notario en Cuba, 1 t. 4.º, Málaga.  
Tapia.—Manual de policía judicial, 1 t. 8.º, Tarrogana.  
Reynal.—Nociones de correspondencia mercantil, 1 t. 4.º, id.  
Montells.—Elementos de fisiología é higiene, 1 t. 4.º, Sevilla.  
Zarzuela.—Guía de Sevilla, 1 t. 4.º, id.  
Solis.—Dibujo lineal con aplicación á las artes, 1 t. 4.º, Valencia.  
—Idem con aplicación al corte de ropa, 1 t. 4.º, id.  
—Nociones de geometría y dibujo, 1 t. 8.º, id.  
Millás.—Sota, caballo y rey, 1 t. 4.º, id.  
Capilla.—Un adrés del Baratillo, 1 t. 4.º, id.  
Mateu.—Formulario médico de las familias, 1 t. 4.º, id.  
Campa.—Calendario de la preñez, 1 t. 8.º, id.

Magasin d'education et recreation, 4 núm.  
Merimée.—Lettres à une inconnue, 2 t. 8.º  
Barbier.—Jeanne d'Arc, drame, 5 a. 1 t. 18.º  
Gordinet.—Le Chef de division, comédie 5 a. 1 t. 18.º  
Achard.—Madame de Villers, 1 t. 18.º  
Rouyat.—La chambre bleue, comédie, 1 a. 1 t. 18.º  
Achard.—La vipere, 1 t. 18.º  
Jorge Sand.—Le Chateau de Pictordu, 1 t. 18.º  
Malot.—Clotilde Martory, 1 t. 18.º  
Millaud.—La Quenouille de verre, opera bouffe, 3 a. 1 t. 18.º  
Merimée.—Dernieres nouvelles, 1 t. 18.º  
Molière.—Manuel du Tricot, 1 t. 8.º

Imprenta de la Biblioteca de Instrucción y Recreo, Rubio, 25.